EL COJO ILUSTRADO

Año I — 1º DE JULIO DE 1892 — Nº 13

PRECIO
SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO.. . . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS
J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO – CARACAS – VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL
(4,000 EJEMPLARES)
DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

SUMARIO

TEXTO.—*Manuel María Fernández*, por Isidoro Laverde Amaya.—*Una visita al joven pintor venezolano, Cristóbal Rojas* por Ermelindo Rivodó.—BIBLIOGRAFÍA, *Parnaso Venezolano.—Itinerario del Dr. David Villasmil.*—NUESTROS GRABADOS.—*Viajando*, por José Gil Fortoult.—*El Gran Ferrocarril de Venezuela*, por el Dr. Francisco de P. Alamo.—*Poesías*, por el Dr. David Villasmil.—*Poesía*, por P. Arismendi B.—*Los Patiquines*, por F. de Sales Pérez.—*Omnipotencia de Eros*, por el Dr. R. Villavicencio.—*Una barbaridad*, por Hércules.—SUPLEMENTO.—*Poesía*, por el Dr. David Villasmil.—*El Tocador*, por la baronesa Staffe.—*Poesías*, por Miguel E. Pardo.—*Su cara mitad*, novela escrita en inglés por F. Barrett, traducida al castellano por Francisco Sellén.—*Varia.—Charada.—Soluciones.*

GRABADOS.—*Manuel María Fernández*, dibujo á la pluma por E. Méndez y Mendoza.—*Cristóbal Rojas*, dibujo á la pluma por A. Herrera Toro.—*Estatua de Bolívar*, de fotografía de Stolk.—*Dr. David Villasmil*, de fotografía.—*Estación de los Teques*, de fografía.—*La niña enferma*, dibujo al lápiz por A. Herrera Toro.—*Viaducto Las Trincheras* y *Viaducto 38+105*, de fotografías.—*Viaducto Quebrada Honda* y *Viaducto Encanto*, de fotografías.—*Viaducto El Peñón* y *Viaducto Km. 44+200*, de fotografías.—MUSICA, *Lejos del Baile*, valse por Emilio Salicrup.

MANUEL MARIA FERNANDEZ

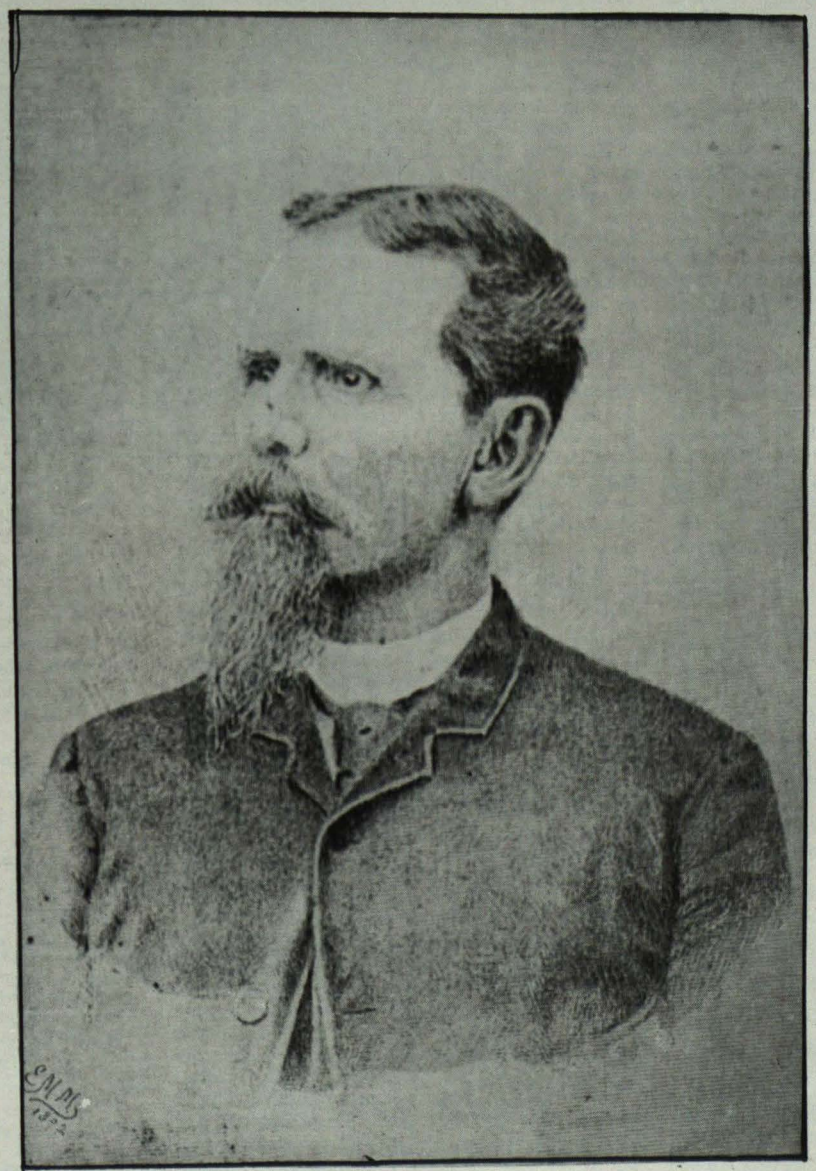
Todas las ciudades cuentan en el número de sus hijos unos pocos que, á modo de aquellos que más han vivido en el hogar en intimidad con los padres y en estrecha relación con sus hermanos y parientes, y sin buscar fuera de ese centro natural otros afectos ni mayores diversiones ó motivos de distracción, — conciben vivo apego al suelo natal y van guardando en su pecho, con amoroso empeño, cuanto constituye el preciado caudal de recuerdos íntimos, encariñados más y más, con la edad, del pedacito de tierra donde viven.

Esos seres, que me atrevo á llamar privilegiados porque practican filosóficamente el principio de contentarse con la existencia que la suerte les ha deparado, participan más que los demás, de las cualidades ó defectos que son en gran parte resultado del clima y del medio social en que se desarrollan. Y así vienen á ser á modo de personajes típicos en quienes se concentran ó manifiestan los rasgos más característicos de determinado pueblo. Nada tan común y explicable como aquella expresión familiar con que solemos decir:

—Fulano es más *caraqueño* que nadie.

Pues ahora me toca hablar de un caraqueño cuya cuna no se meció al suave impulso de las brisas del rumoroso Guaire, pero que ha pasado gran parte de su vida en el seno de esta expansiva sociedad; escritor que por su talento, su vena poética, y mucho también por su genial conformidad, ha ido formándose su mundo en la ciudad del Avila y adquiriendo la indestructible carta de naturaleza que dan las costumbres, los gustos y las simpatías de los amigos y de los conocidos.

¿Quién, con efecto, se atreverá, aun en momentos de exaltación, á disputar á *Don Simón* (el popular escritor D. Manuel María Fernández) los títulos que tiene adquiridos para llamarse caraqueño?



MANUEL MARIA FERNÁNDEZ

¿Acaso hay muchos que, como él, profesen mayor afecto á la gentil Caracas y la conozcan tanto y tan al por menor en todas sus faces?

Escritor humorístico y de vena epigramática tan fácil y espontánea que en su género no tiene rival en su patria *Don Simón* se atrae, con increíble prontitud, las simpatías de cuantos le tratan. A todas horas alegre y animado, ó, cuando menos, disimulando con amable sonrisa y dichos salerosos el fondo de amargura que quizás han dejado en su alma las decepciones de la existencia, se puede estar seguro de encontrarle siempre caballeroso, franco, sincero en su porte y en su trato.

Largos años ha consumido en la ímproba tarea de cronista obligado de las grandes fiestas; es *reporter* de tono de las reuniones elegantes; improvisador de moda, que con su pronto rimar y con una entonación muy adecuada,—como que fue actor aplaudido en los albores de su juventud — siempre sabe dar mayor brillo á las fiestas nupciales ó abrir graciosos y espirituales paréntesis en los paseos de campo, en las comidas de amigos y aun en las visitas de todos los días. Desde que aparece en escena ya puede uno confiar en que va á oír algo original, algo chispeante y expresivo, que hará sonreír maliciosamente á la concurrencia, ó si el amor le pica por lo lírico, dejará escapar la nota melancólica que semeja tierno arrullo de enamoradas palomas, otras veces el canto misterioso de la naturaleza en las tranquilas noches de luna, ó el rumor de la onda que se agita, los efluvios misteriosos de las flores que esparcen con su fragancia el germen del amor: algo vaporoso, algo fantástico, algo ideal, que es la preciada herencia de los poetas para suavizar los dolores y consolar á los hombres en el rudo vaivén de las agitaciones humanas.

Contempladle en traje de rigurosa etiqueta, en actitud académica, con su penetrante mirar y desembarazados modales, y le veréis gallardo y apuesto como en sus mejores años. Listo y ágil de miembros, cualquiera diría que es fácil adivinar por su exterior lo que pasa en su alma. Sensible á todas las impresiones, pronto en interpretar y cariñoso en guardar, con solícito afecto, el menor rasgo de ternura, la muestra más corta de estimación que se le prodigue, yo quisiera encontrar en muchos hombres inteligentes un alma tan buena y tan noble como

la suya. Otros con despego y hasta con indiferencia van dejando en los zarzales del camino de la vida las puras ilusiones de la primera edad, y mientras más adelantan en las prolijas labores intelectuales y cuando llegan á dominar el gimnasio de los sentimientos y de las ideas van tornándose en caracteres fríos y hasta estoicos que pintan y cantan muchas veces pasiones que no sienten, con colores que no son suyos.

Si bien alejado por desencanto de la política desde mucho tiempo ha, y con claro juicio para juzgar las veleidades humanas, nunca se ha visto que su musa perdiera la frescura y el brillo que dan las primeras ilusiones; su corazón no se ha pervertido, sigue amando con irresistible impulso, la justicia y el bien; cantando lo que es grande y consolándose de muchas miserias con la codiciable satisfacción de no conocer la envidia, de no dejarse deslumbrar de falsos esplendores, de no desalentarse en el camino del bien. Cierto que otros podrán ser más poetas, pero nadie le ganará en sentir mejor, ni en el tino para comunicarse con los que merecen su afecto. Abundantes ejemplos de lo último nos ofrecerían, en corroboración de nuestro aserto, las columnas del *Diario de Avisos* (que fundó con don Evaristo Fombona y ha continuado hasta hoy en compañía y perfecta inteligencia con don Jesús María Monasterio Velásquez.) En la redacción del mencionado periódico ha sabido hacerse tan grato, llenar con tan buen humor y tanta gracia la gacetilla; criticar, en artículos llenos de sal ática las costumbres censurables y apoyar con noble desinterés cuanto redunda en provecho de la patria, que á esta fecha no hay quien no le conozca y quien no le estime. Allí ha sido también á modo de desinteresado protector de cuantos artistas llegan á la ciudad del Avila, á los que anima y da á conocer, y esto es tanto más digno de tenerse en cuenta, cuanto que él pudiera inutilizar á los malos cómicos con el conocimiento perfecto que tiene de la escena, con los recursos de su crítica, fecunda y minuciosa, cuando de bastidores se trata; pero prefiere ayudarlos y que el público los reciba con indulgencia. ¿Fáltale acaso amor al arte? Nó, sino que *Don Simón* es lo que se llama un hombre de corazón, educado y purificado en la escuela de la adversidad, si así podemos decir, por la espiritualidad de sus aficiones poéticas y musicales que también con la guitarra suele mostrarse, en momentos de expansión, gallardo trovador, que entona con brío y desembarazo canciones hijas de su fantasía.

Pudiera pensarse que quien, á merced de tan suaves impulsos deja correr tranquilamente los días de su vida, es porque desde niño se habituó á una existencia amparada por sus padres no sólo con tierna solicitud, sino también con recursos materiales suficientes. Pero lejos de eso. La diosa fortuna nunca ha querido dispensarle esta clase de favores, contaba apenas seis años de edad (1) cuando se encontró privado de la compañía de su padre á quien desterraron á Guanare por resultar comprometido en la revolución de 1835 llamada reformista.

Los primeros años de su adolescencia los pasó en Caracas, viviendo bajo el amparo de su madre, quien trabajosamente ganaba la vida para entrambos y le estimulaba á desarrollar su inteligencia en la Universidad Central, donde el novel poeta tuvo la satisfacción de contar entre sus condiscípulos á Cecilio Acosta y Jesús María Sistiaga, quienes cursaban clases superiores.

Pero no bien hubo terminado el aprendizaje secundario de literatura cuando, sintiéndose con vocación irresistible para la marina, sentó plaza de aspirante en la Goleta de Cuerra *Constitución*, mandada por el comandante José Celis, y en ella hizo estudios náuticos que en seguida debían servirle, no tan sólo para demostrar su valor, sino para complemento de la carrera comenzada.

Con efecto, al estallar la revolución del año de 1848, tomó servicio en la Armada del Gobierno con el grado de Segundo Teniente, y el empleo de Ayudante de la Escuadra á bordo del bergantín de guerra *Venado*. En este buque asistió á la batalla de Capana, en la cual cuatro naves del Gobierno fueron atacadas por la escuadra de la Revolución, escapándose las fuerzas gobiernistas con pérdida de uno de sus buques, después de desesperada resistencia.

Reorganizados prontamente los defensores del Gobierno, y con el auxilio de siete buques más que se les enviaron, cúpole la distinción de que se le confiase el mando de la goleta de guerra *Forzosa*, con la cual ayudó al bloqueo y toma de la barra de Maracaibo (8 de diciembre del año anteriormente citado.)

Pocos días después, el 13, en la acción de la isla de Bajo Seco, quedó también con los suyos vencedor de los contrarios; pero desgraciadamente recibió un golpe terrible en el pecho y un disparo de cañón le reventó uno de los tímpanos, quedando por esto inhabilitado para el servicio activo.

Cuando la escuadra, mandada por el general Justo Briceño, penetró triunfante en Maracaibo, nombráronle Secretario de aquel Apostadero, puesto que sirvió hasta 1858, cuando el Gobierno de la República, que entonces se encontraba en Valencia, lo llamó para confiarle un empleo en la Secretaría de Guerra y Marina.

Como por sus servicios y valor había ascendido á Primer Teniente, y en breve lo fue á Capitán de Fragata, y las prendas de su carácter inspiraban completa confianza y seguridad, le designaron para Capitán del Puerto de La Guaira, donde permaneció cuatro años, ó sea hasta el término de la guerra Federal, que concluyó, como todos lo saben, con el Tratado de Coche.

Entonces, y ya con el grado de Capitán de navío, fue cuando volvió á Caracas; estimulado por el deseo de encontrarse en campo más vasto para las lucubraciones de su intelecto, lucubraciones á las cuales había consagrado siempre algún vagar, desde 1853, (fecha de su estreno como escritor) y dió comienzo para él esa segunda mitad de su vida mucho menos agitada. pero más fecunda por la calidad é intención de sus trabajos.

Ya en Maracaibo había sido fundador de *El Zurriago*, con los señores Pedro Canga y Carlos Tomás Irwin, y en la capital su primera tarea fue la de escribir una crónica local para el *Eco de los Estados*. Luego, con la eficaz ayuda del ilustrado don Vicente Coronado, acometió la empresa de publicar un periódico literario y crítico intitulado *La Crónica*, semanario que acreditó el buen nombre de sus redactores. Colaboró luego en la redacción del diario llamado *El Federalista* (redactado por el doctor Ricardo Becerra), y para el cual escribía unas veces con el seudónimo de *Juan Pascual* y otras con el de *El Cronista*.

Cuando por causa de la guerra terminó *El Federalista*, sacó á lucir el impertérrito *Diario de Avisos*, que, heredero en el nombre de uno de los mejores periódicos que se han publicado en Venezuela, estaba destinado á obtener inmensa popularidad y á alcanzar mayor vida que aquel.

El que quiera tener noticia de los demás periódicos en donde ha escrito Fernández sepa que fue colaborador de *El Eco de la Juventud* y *El Mara*, de Maracaibo; de *El Civilista* y *El 5 de Marzo*, de Valencia; de *El Comercio*, de La Guaira, y de *El Faro*, *La Revista*, *El Zancudo* y *El Museo Venezolano* de la ciudad de Caracas. En todos estos periódicos, lo mismo que en el que le ha servido de más seguro y extenso campo de batalla (*Diario de Avisos*), encuéntranse por él escritos incontables leyendas en verso, romances y letrillas, sonetos y epigramas. Pero si brilla en todo campo, su especialidad se ve de resalte en los escritos de ocasión, estrofas improvisadas con pié forzado, pensamientos de almanaque, que encierran tanta filosofía como los mejores de Selgas, y que andan reproducidos por la América Española y le han valido hasta coloquios cuasi confidenciales con encumbrados personajes que han admirado la sagacidad crítica del autor, y que en uno ú otro de aquellos chispazos de genio, tan vivos y oportunos que los entiende el más lego, han creído encontrar alguna alusión personal.

Pero si me complazco en hacer justicia á las prendas de Fernández, á la laboriosidad que le acredita de obrero de las ideas y á la fecundidad y variedad que le aquilatan como hombre de letras, para ser imparcial, debo decir también que no admite satisfactoria explicación el que, siendo como es en verdad tan afecto al teatro, obligado concurrente á cuantas compañías se exhiben, y con el item de no echar nunca en olvido los felices tiempos cuando, como aficionado al arte dramático, y en unión de otros compañeros distinguidos, representaba á beneficio de los Establecimientos de Beneficencia, no haya acometido hasta ahora la tarea de escribir una obra seria de esta naturaleza, contentándose con cinco juguetes en un acto, en los que, por más que ha seguido las huellas de Bretón de los Herreros, que ha sido uno de sus autores favoritos, no ha logrado alcanzar con ellos, debida notoriedad. En esas piecesitas que llevan por título *El Todo de una charada*, *Bien por mal ó la caridad en acción*, *Sinvergüenza, avaro y flojo*, *El que despabila pierde* y *Zapatero á tu zapatos* prevalece el sentimiento moral y educacionista, y la última, que es la mejor, no sólo ha sido representada con aplauso en Venezuela, sino que también la estrenó con éxito, en el teatro de Bogotá, la compañía española Romeral de Iroba.

Mis informes alcanzan á que tiene escrita una pieza cómica en un acto: *Dos mujeres como hay pocas y dos hombres como hay muchos*, y otra, para terminar, la cual ha bautizado con el nombre de *Oros son triunfos*.

Fernández es miembro de número de la Academia Venezolana, socio honorario del Instituto Politécnico de París y Miembro Vocal de la Unión Ibero Americana. Está condecorado con el Busto del Libertador y con la medalla de la Instrucción Pública.

En el siguiente soneto parece haber reducido á términos breves las fases principales de su vida, como da también, por propia autoridad, corroboración á algunos de los juicios que hemos expresado en el curso de este escrito sobre tan simpático, como popular autor:

CIENCIA INFUSA

A Toboso y á Gil Orozco; celebrados guitarristas españoles que visitaron á Caracas

«Saber quise latín y el *musa musæ*
Estudié con Rodríguez y Siverio.
De lo alto estudiar quise el misterio,
Y el astrolabio ante mis ojos puse.
Por sondear el mar la vida expuse
Y á dos pasos me ví del cementerio.
Quise crítico ser, y fuí cauterio,
Sin que nadie por ello me recuse.
Por conocer el arte del sonido
Aprendí á armonizar de una tirada
Y á pulsar la guitarra con oído;
Mas después, al final de la jornada,
Sumando lo estudiado y lo aprendido,
He llegado á saber que no se nada.»

ISIDORO LAVERDE AMAYA

Caracas: agosto de 1889.

(De *La América Ilustrada y Pintoresca*, número 23).

CHISTE

Un anciano inválido entra cierto día en una farmacia:

—Deme usted algo contra los gusanos.

—¡Cómo! ¿tiene usted gusanos? ¿en qué parte del cuerpo los siente usted?

—En mi pierna de palo, que está toda carcomida.

MISCELANEA

Un caballero visita las habitaciones de una casa.

—¿Se puede ver su cuartito de soltero? pregunta el conserje.

—Sí señor; pero antes de subir, he de decirle á usted las condiciones. El alquiler es de ochocientas pesetas.—El inquilino ha de ser soltero.—No recibirá visitas y me dará veinte pesetas al mes para la limpieza. . . ¿Le conviene á usted?

—El precio sí; pero no necesito que se limpie mi cuarto.

—¡Oh! eso no será obstáculo, replica el portero; con tal que cobre yo las veinte pesetas por mes, no tengo el menor empeño en hacer la limpieza.

(1) Nació en Maracaibo, en 1829, y fueron sus padres don Manuel María Fernández y doña María de Jesús Vezga.



CRISTÓBAL ROJAS

UNA VISITA

AL JOVEN PINTOR VENEZOLANO CRISTOBAL ROJAS

—

Salí una mañana de mi hotel, calle del Conservatorio, con ánimo de dirigirme casa del laureado artista, á quien no conocía, y que demora en la que se intitula *Delambre*, allá lejos, por el bulevar que lleva el nombre de *Edgar-Quinet*, lo que me representaba el camino de una legua, y acaso un poquillo más. ¿Y qué se hace uno para dar con mansiones tan recónditas y en una ciudad tan llena de pueblo? La cosa más fácil en París: preguntar á cualquiera, coger un ómnibus ó un tranvía, éste ó el otro, según el caso, y mediante la suma de treinta céntimos, equivalentes á seis centavos de cobre, dejarse llevar hasta donde el conductor le diga. "Ahí tiene usted la calle que desea, ó la más inmediata." Echa usted pié á tierra, se informa, y en tres paletadas llega sano y salvo, estanco y marinero, al lugar de su destino.

Estas escursiones en ómnibus han tenido para mí un interés muy particular. El ómnibus, ó el tranvía, que vale todo lo mismo, es un buen campo de observación para el que pretende adquirir alguna tintura de las costumbres de esta inmensa aglomeración de gente que se llama París. Una vez adentro, se halla usted rodeado de multitud de personas, hombres, mujeres, niños; viejos, mozos; bonitas, feas; artesanos, comerciantes, cocineros; ricos y pobres; pero serios todos y circunspectos á cual más, ocupado cada uno en lo que le concierne sin atender al que lleva de vecino. La mayor parte de ellos lee, periódicos ó libros, con una atención, con una absorción tan completa, como si nada le importara ni el medio que le circunda, ni el punto á donde se encamina. ¡Y qué aseo tan general en los vestidos! ¡y qué mujeres tan graciosas y elegantes se encuentran á cada paso! ¡y qué moderación y finura tan completa exhiben en sus maneras y porte! No vayan ustedes á creer, no sigan creyendo eso que tanto hemos oído repetir en nuestra patria: que son los franceses gárrulos y etiqueteros, que hacen tres cortesías sobre un ladrillo, y baten el sombrero hasta los piés cada vez que intentan saludar ó rendir gracias. Vulgarísimos errores, que ni una vislumbre tienen de la verdad. En París todo el mundo es comedido y hasta grave; nadie saluda á nadie que no le sea conocido; y cuando este caso llega, no pasan las demostraciones los límites de la más correcta urbanidad. La multitud increíble de mujeres que se hallan por todas partes, en los bulevares, en los comercios, en jardines, en museos, en las embarcaciones del río, en donde quiera, no se dignan lanzar sobre el pasante ni una mirada, mucho menos una sonrisa, un gesto. Yo hablo de la gente decente, que es la gran masa de París; no me pregunten de otra cosa, que eso yo no lo he visto, ni procurado.

Mas continuemos en busca de Rojas, que es ahora lo importante. Ya cortamos el bulevar *Montmartre* por la calle *Vivienne*, repleta de lindos establecimientos, prenderías, relojerías, confiterías, fotografías y otro millar y medio de cosas bellas, provocativas, y apetitosas. Ya estamos en la Bolsa, grande y monumental edificio que tanto se parece á la iglesia de la Magdalena. He aquí la plaza de las Victorias, con una estatua ecuestre de Luis XVIII que, francamente, y con toda la timidez y al mismo tiempo la audacia de un profano, diré que me ha parecido insignificante y de mal gusto, inferior en muchos grados á la de Bolívar, que tenemos por buena suerte en Caracas. Vean ustedes el *Louvre*, esa incomparable maravilla, santuario de las artes, que tuve la dicha de visitar por once veces. Adelante, y atravesemos el Sena por el *Puente-nuevo*, en una de cuyas cabezas se descubre la estatua ecuestre—y esa sí que es bella—del gran rey Enrique IV. Pero antes que lleguemos á la opuesta orilla, contemplen ustedes esa hermosa cinta del río, que parece inmóvil, por donde cruzan ligeros vaporcitos repletos de gente, para arriba y para abajo, lanchones colosales que cargan hasta quinientas toneladas, remolcados por otros vapores, y botes de todos tamaños que se agitan y mueven de una parte á otra. Y si bajando ustedes al malecón ó muelle tomaran puesto en uno de esos buquecitos expedicionarios, gozarían sin duda tanto como yo he gozado viendo desarrollarse en toda la línea de la prolongada ruta una sucesión pintoresca de hoteles, restoranes, palacios, bosques hermosos, cúpulas soberbias, puentes adornados con molduras y estatuas, pontones que de trecho en trecho sirven de estación á esos mismos vaporcillos, donde se toca de cinco en cinco minutos para soltar unos pasajeros y tomar otros tantos. Y, —última pincelada—en toda la extensión de las orillas, multitud de pescadores de caña, hombres y muchachos, atentos, inclinados sobre la corriente que se desliza sin trepidación, sin murmullo.

Pero volvamos á mi ómnibus, del cual no he debido salir, ya que me he propuesto enderezarme —como gustan decir algunos—casa del paisano Rojas. Ello es que, después de atravesar un pedazo de muelle al otro lado del Sena, dejando atrás el Palacio de la Moneda, el Instituto y una estatua de Voltaire, nos entramos por la angosta calle de Bonaparte, caemos al bulevar San-Germán, y cortándolo por allí mismo, vamos á dar en la encrucijada de la Cruz-roja, salimos á la calle de Sevres, donde se ostentan los famosos almacenes del *Bon Marché*, con su jardín particular ofrecido al público, doblamos por la calle del Abate Gregorio y la de *Cherchemidi*, en cuyo número 55, preso estuve tres meses menos cinco días en la clínica del célebre oculista doctor Luis de Wacker. Aquí nos recibe ahora el bulevar *Montparnasse*, que pronto se abandona por la avenida del *Meine*, y á poco me encuentro en una de las extremidades, que ya solicitaba, del bulevar *Edgar-Quinet*. Bueno, ya estoy en la calle *Delambre*, y ante su número 23 me detengo, á los cuarenta minutos de haber emprendido la entretenida marcha.

Es el taller de nuestro amigo Rojas un pequeño espacio, inundado de luz y lleno de estudios, la mayor parte al óleo, copiados del natural, casi todos al desnudo, y en que pueden contarse ya los aprovechamientos que el artista va alcanzando día por día bajo la dirección del célebre Laurent. En cuanto al pintor. . . . quisiera no tener que ocuparme con su personalidad. Rojas es un joven, muy joven, pues entiendo que no ha llegado aún á los veinte y cinco años. *¡Oh primavera de la vida!* Es algo pálido, con pequeño bigote y cabellos negrísimos, que hacen resaltar su conjunto suave y de tintes melancólicos. Sufre del oído, pero, aunque sin esperanzas de mejoría, se muestra resignado y sereno. Yo no sé muy bien lo que me sucedió al conocerlo: habíamos sido completamente extraños el uno para el otro, y eso no obstante, á los quince minutos creo que ya éramos antiguos amigos. Pero si es que Rojas tiene una especie de candor infantil, de sencillez amable, de naturalidad imperiosa que acorta las distancias. Me ocurre que si alguien no sintiera tal impresión á la primera vista, no llegaría más nunca á ser amigo suyo. También es verdad, que si yo era para Rojas un desconocido, un anónimo venezolano, igual á tantos otros, él para mí estaba muy distante de serlo. Y como no, cuando en la Exposición de Caracas, en el Centenario de Bolívar, en 1883, había yo contemplado y admirado su hermoso lienzo de *Girardot*, allí donde aparece aquel soldado muerto, que es una maravilla de escorzo y de dibujo, capaz de acreditar el genio de un artista. Nadie ha celebrado más que yo ese soldado muerto, que no está muerto, sino que vive y vivirá eternamente, animado como lo ha sido por el soplo creador que enjendra las obras inmortales.

Lo que primeramente hirió mi vista al penetrar en aquel bello aunque pobre recinto del arte, fue un gran cuadro, el que Rojas presentó en el Salón de pinturas en 1885. Representa una mujer, desvalida, descolorida, flaca, sentada en actitud muy triste, con un niño, su hijo, enfermo, dormido mal envuelto y penosamente en sus brazos. Aquello respira una melancolía que oprime el corazón. El aspecto del niño es lamentable. Sus cabellos, sucios y algo enmarañados, revelan el abandono de la miseria, y se destacan del cuadro con pasmoso relieve. El bracito que le cuelga tiene tal movimiento, que parece natural é inspira profunda lástima. Yo veía y examinaba todo aquello, haciendo partícipe á Rojas de mis impresiones é ideas.

Entonces me dijo: —Voy á mostrarle ahora el cuadro que presenté en el Salón de este año. —Ah! ¿el cuadro que entre dos ó tres mil más alcanzó la gloria de una mención honorífica? — Sí, señor, me contestó sonriendo modestamente, al mismo tiempo que descubría á mi espalda un gran lienzo en que yo no había reparado.

¡Qué obra! ¡qué asunto! ¿A dónde va á buscar nuestro querido Rojas esas inspiraciones lúgubres, que estrechan, que oprimen el corazón de una manera tan dolorosa? Parece que la índole de su talento es en alto grado elegíaca, y tal vez llegue

hasta lo trágico. Si el cuadro anterior es lastimoso y patético, este segundo es tétrico y sombrío. Véase. Una pobre mujer, muerta, tendida, rígida, en su miserable lecho, presentada en un escorzo tan sabio, que parece variar de posición á medida que se cambia el puesto de vista. Cerca de ella, sentado sobre un mezquino banco, inclinado hacia el suelo, un brazo sobre aquella cama fúnebre, el otro brazo inertemente caído, con los ojos espantados, aterrados, fijos, rebozando la estupidez de un dolor sin esperanza, un infeliz hombre, sin duda el esposo viudo, con su vieja levita de terciopelo ya marchito, como la de esos peroleros napolitanos que tanto abundan entre nosotros y en todas partes, acompaña, él solo, aquel cadáver, pensando acaso en algo muy cargadamente negro, ó tal vez sin pensar en cosa alguna; porque aquel infortunio, aquella miseria, aquella desolación, ni tienen más allá, ni piden nada, ni esperan ya nada. Es un cuadro de dos muertos: una miserable mujer, ahogada en la amargosa espuma del oleaje de sus penas, y el corazón hecho trizas de uno de esos incógnitos combatientes de la vida, de uno de esos desheredados del mundo y de la fortuna. ¡Oh Rojas! ¿por qué no has dejado caer sobre tales sombras, sobre tales melancolías, un débil rayo de luz que fuera, una dorada línea de consuelo, una vislumbre de radiación espiritual, gota de almíbar, promesa de ventura tras el naufragio espantoso de aquel hogar, de aquella existencia sin resplandores, de aquella infeliz alma tan martirizada? Pero Rojas, ya lo estamos viendo, es realista, es inexorable y verdadero: no ha firmado todavía pacto con lo convencional. Por eso impresiona tan profundamente su obra.

Esta obra, con efecto, ha sido muy celebrada, en términos que todos los periódicos de París, y tomándolo de ellos, todos los demás de Europa y de América, la han señalado entre las sobresalientes. Cierto es que llevando el veredicto favorable del Jurado de la Exposición, no había ya que discutirse su mérito, sino acompañar al aplauso de los peritos y las autoridades.

Yo me siento irresistiblemente conmovido al pensar que, no obstante la insignificancia de nuestra abatida patria, y lo rezagado que solemos ir bajo todos los aspectos en que pueden los extraños considerarnos, hay todavía entre nosotros quienes se encarguen de seguir proclamando á la faz de los pueblos cultos que más observan, la intelectualidad, la savia, la chispa que vive y bulle y arde latente en Venezuela, que ha sabido revelarse cada vez que la hora crítica ha sonado: lo que animaría á pensar que, tras una dilatadísima evolución de ensayos, luchas y calamidades numerosas, llegue por fin más tarde para Venezuela el imperio de la armonía, de la paz, del progreso, de la civilización, de la felicidad y el reposo. Quiéralo Dios así. Y mientras llega el deseado instante, aplaudamos al genio, bendigamos sus divinas inspiraciones, celebremos sus obras, como proféticos anuncios del porvenir mejor que nos aguarda; como precursores de esa era feliz que todos soñamos, si no ya para nosotros, sí para nuestros hijos, que hasta hoy no han saboreado todavía un cáliz de verdadera gloria, bajo el cielo azul, hermoso y límpido de la libertad y el derecho.

¿Dónde estaba yo, y á dónde en alas de un sentimiento patriótico se entrañó mi fantasía? He aquí al bueno y apacibilísimo Rojas que está á mi lado, tranquilo, mudo, viéndome y observando como contemplo su obra, oyéndome como la analizo, la juzgo y la exalto. Para terminar añadiré, que el artista ha recibido sobre su cuadro proposiciones de compra de los Estados Unidos del Norte; pero él, poniendo en primer término y por sobre todo sus sentimientos de gratitud, ha dado por respuesta, que esa obra estaba ya consagrada á su generoso protector el General Guzmán Blanco, actual Presidente de nuestra patria, á donde la ha dirigido, y en donde, á la hora en que esto se escribe, debe encontrarse ya, junto con la anteriormente citada, expuesta en el Salón de 1885.

Allá será vista, aplaudida y admirada; y el entusiasmo de los inteligentes, el regocijo de sus amigos, la conmoción de los suyos, las lágrimas de felicidad y justa ufanía, tiernas y elocuentísimas, de su madre ejemplar y virtuosa, formarán—¡oh, no lo dudemos!—un coro simpático de alabanzas que, dilatándose en nuestro país, ha de repercutir en este viejo mundo, para estímulo de Rojas; para confortar su ánimo en los afanes del trabajo y de la lucha, y obligarle así á deleitarnos y enaltecernos con nuevas producciones de su numen, maravillas de su paleta, piedras angulares del templo en que un día habrá de rendirse culto al arte en Venezuela.

E. Rivodó.

Abordo del vapor inglés *Moselle*.

26 de Octubre de 1886



CARACAS—Estátua Ecuestre de Bolivar

BIBLIOGRAFIA

(PARNASO VENEZOLANO)

A ejemplo de lo que para la poesía neo-colombiana hizo el señor Julio Añez, acaba de realizarlo en honra y pró de la poesía nacional, nuestro distinguido literato, señor Julio Calcaño, con la publicación del primer volumen del *Parnaso Venezolano*. Este libro ha venido á llenar un gran vacío en las letras patrias, tan ricas de toda vena, y tan malamente desdeñadas por aquellos que van á buscar metales de liga en extranjeras minas, cuando tienen en casa filones riquísimos de oro de buena ley.

La importancia de la obra á todos se alcanza, ya que representa para Venezuela, lo que para la madre patria *El Tesoro del Parnaso Español* de Quintana, la preciosa colección de *Modelos* del eximio retórico Coll y Vehí, ó mejor aún la notable *Antología* que viene publicando en la *Biblioteca Clásica* el nunca bien ponderado Menéndez y Pelayo.

El *Parnaso Venezolano*, si no puede reclamar el título de imprecedido, ya que José María Rojas indicó el camino con su aplaudida *Biblioteca de Escritores Venezolanos* (en prosa y verso), sí amerita elogio de alto rango, así por la publicación de ricas obras que se conservaban inéditas ó hasta hoy desconocidas, como por el orden y armonía que presiden la colección, y las notas biográficas que le adornan, todas éstas escritas con justo criterio y propiedad. Baste decir que por el *Parnaso Venezolano* venimos en conocimiento de poetas como Don Vicente Tejera, casi en absoluto ignorado por el común de las gentes, y en quien, á juzgar por su imitación del *Miserere*, concurrían condiciones de poeta clásico; y así como las obras de este autor, cien joyas más de nuestra poesía vernacular.

De 59 poetas consta el volumen de que damos noticia; contiene nutrida lectura en sus 586 páginas, y está bellamente impreso, con esmero y corrección, en la tipografía de *El Cojo*. Muy pronto seguirá á este un segundo volumen, que presentará nuestra flora poética hasta el día. ¡Ojalá que el Señor Julio Calcaño (tan perito en estas cosas) nos regalara con la Antología ó Florilegio á que él mismo se refiere en la *Introducción*, y la cual, por contener lo más correcto de forma é ideas de nuestros poetas, sirviera de segura guía y de ejemplo de buen gusto y de pureza á los jóvenes vates venezolanos. Que no necesita la patria del «Horacio Español» de otro gimnasio literario que la lectura asídua y consciente de las obras poéticas del cantor de la *Zona Tórrida*, y de la prosa única, inimitable, de Baralt, ese artista de altísimo linaje.

Reputa el Señor Calcaño de empresa difícil la compilación de la *Antología*. No lo creemos nosotros, pues las razones que aduce para ello nos parecen de mera delicadeza, y á las que nunca debe atender quien se empeña con decisión en perseguir la verdad en cualquier ramo del saber humano. Realice pronto sus propósitos el Señor Calcaño, y ya verá que diez voces que clamen por verse excluidas del Florilegio, serán acalladas por mil que le darán gracias por el beneficio recibido.

El primer volumen del *Parnaso Venezolano* está precedido de una *Introducción* del compilador, que es jugosa y bien escrita síntesis de la Historia de nuestra poesía. Lástima que la afée un tanto el párrafo por demás zañudo é impropio en este género de trabajos que le endilga al Doctor Jesús María Portillo. Por lo demás, cumplimos con un deber de conciencia al felicitar calurosamente al Señor Calcaño por la obra que con tanto patriotismo é inteligencia ha acometido.

DOCTOR DAVID VILLASMIL

Cumplimos hoy con un deber de gratitud al publicar el retrato de este joven literato, colaborador constante y decidido de EL COJO ILUSTRADO. Muy conocido es en la República de las letras, y sus trabajos todos le han proporcionado repetidos triunfos. Al estampar sus datos biográficos, sentimos verdadera satisfacción en manifestarle cuán satisfechos estamos de los obsequios que de contínuo nos hace con sus producciones, y la esperanza que abrigamos de seguir mereciendo sus bondades.

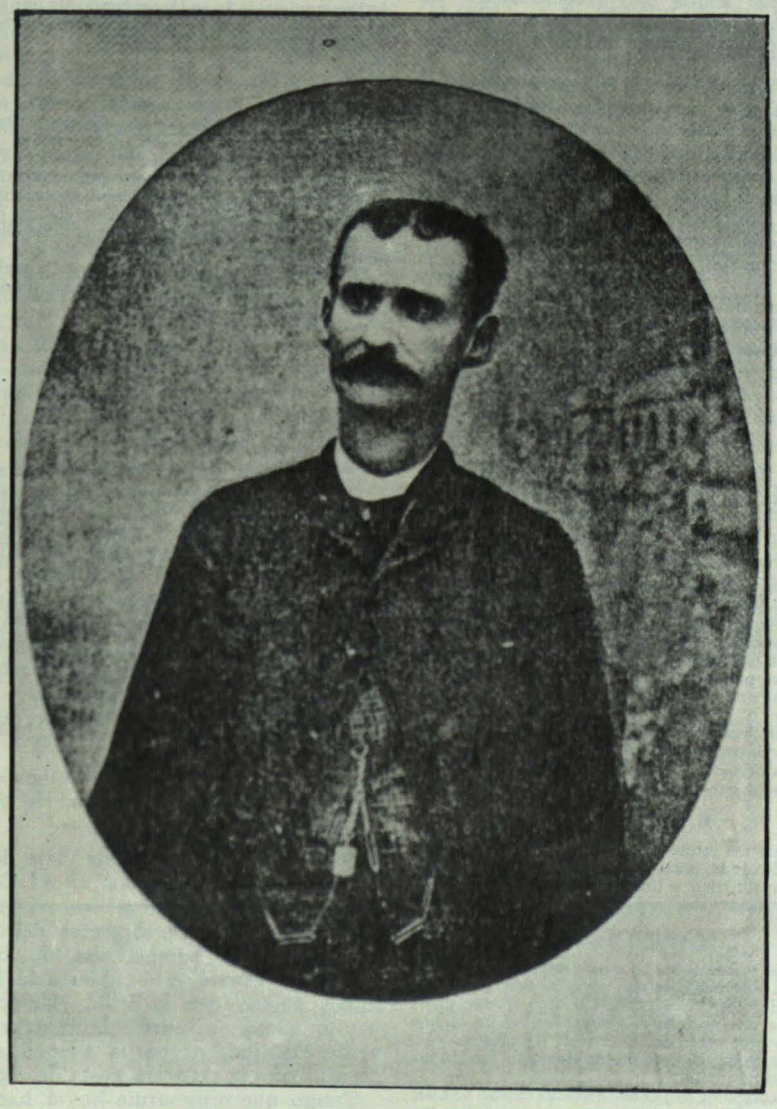
Nació el DOCTOR VILLASMIL en Caracas el 3 de Mayo de 1855.

Hizo sus primeros estudios científicos en el Seminario Tridentino de esta ciudad, entonces bajo la dirección del Sr. Dr. Nicanor Rivero. Después de extinguido el Seminario, cursó en la Universidad Central las Ciencias Eclesiásticas y Políticas, alcanzando en ambas facultades y con nota de primera el título académico mayor.

Aunque con vocación decidida para los estudios científicos, ha dado constantemente pruebas de su afición á las labores literarias, recogiendo en éstas como en aquellos muy merecidos lauros.

Ha figurado como periodista, así en la candente arena de la política, como en las apacibles faenas de la literatura. Desde el año de 1877, en que apareció con muchos otros jóvenes al frente de *Los Ecos del Avila*, no ha habido en Venezuela ningún periódico literario sin su colaboración. También ha sido colaborador asíduo de muchos periódicos políticos; y entre ellos como redactor de *El Siglo* primero, y luego como Director de *El Baluarte*. Es digno de mención plausible que todos los laureles que hasta hoy ha conquistado en las luchas del periodismo ha sido formando en las filas de la prensa independiente y moralizadora. Esto se explica muy bien, si se tiene en cuenta que VILLASMIL es un político de ideales y convicciones que sueña para su país con transformaciones políticas que quizá no han de realizarse por ahora.

Aunque ha practicado todos los ramos de la Literatura, se inclina de preferencia á la Dramática. Ejemplo de ello su comedia *La Huelga*, que publicó durante su viaje á Europa, y que alcanzó mucho éxito en su extreno. Para que de ella se tenga alguna idea copiamos la siguiente escena que manifiesta con cabalidad el buen gusto y chiste del autor:



DOCTOR DAVID VILLASMIL

ESCENA V

Los dichos menos GASPAR

D. SEV. Vamos, hijo mío, reanudemos nuestra conversación, que nos ha venido á interrumpir ese cicatero de don Luis: ¿en qué estábamos?...

ALB. Me decía Vd. que le explicase, por qué creo yo, que la huelga es un derecho del obrero?...

D. SEV. Sí, sí: ¿por qué?...

ALB. Por eso.

D. SEV. Y ¿qué es eso?...

ALB. Eso es: lo que Vd. acaba de decir, no hace mucho: eso es, que á lo de Vd., Vd. sólo le pone el precio; y á lo del obrero, el obrero sólo le pone el precio: eso es, que Vd. aprecia las telas porque tiene telas, y el obrero aprecia el trabajo, porque tiene trabajo: son dos capitalistas que tienen, por igual, el perfecto derecho de apreciar lo suyo.

D. SEV. ¡Mira, niño, no me hagas reír con tus locuras, que no estoy ahora para risas!... ¿de manera sea, que según tu teoría, el obrero es tan capitalista como yo? ¡Tú deliras!...

ALB. Sí señor: la diferencia está en que el capital de Vd. es más y el de él es menos.

D. SEV. ¿De modo que yo, y Antoñico, y Bruno, y Perico, y Jaime y la caterva: valemos lo mismo?...

ALB. Para la sociedad, para la industria, para el comercio, vale Vd. más, porque tiene más; eso es natural; pero no para el derecho, como propietario, y es propietario todo el que posee una propiedad productiva, llámese finca rural ó finca urbana, trabajo ó industria.

D. SEV. Alberto, si yo sigo oyéndote, me voy á volver loco: tú te ahogas en tu sabiduría, y eres capaz de ahogar también á toda tu casa: temo que esos libros te hayan de conducir al Manicomio, y tu padre, hijo mío, ¿que será entonces, del pobre viejo?

ALB. No haya cuidado, padre cálmese Vd., esos libros me conducirán á un nombre ilustre y á una gloria inmortal: porque me llevarán á cumplir la misión única digna del hombre en este mundo: que es hacer bien á sus semejantes; ilustrando sus conciencias y ennobleciendo sus corazones: (Voz desde la puerta derecha) Telégrama urgente. (Alberto toma el telégrama y lo entrega á su padre.)

D. SEV. (Rompe la cubierta y lee) A D. Severo Marty: *La filoxera hace estragos; el vino escasea: hay gran demanda.* Ya oyes Alberto, ¡famoso negocio para mí!... Ahora puedo aumentar á casi el doble, el precio de mi vino; y si se agrega el contrato que tengo celebrado para la Exposición: creo que mis negocios en este año duplicarán mi capital... pero ¡qué digo!... ¡Si los trabajos de la Exposición se hallan suspendidos hace ya días, por esa maldita huelga!... y luego, ¿dime ahora, también, que la huelga no ha sido muy á distiempo?...

ALB. La creo lo más oportuna, papá.

D. SEV. ¡Cabeza de chorlito!

ALB. Vd. lo acaba de decir: la demanda del vino hará que Vd. duplique su precio, por esa ley económica que aumenta ó disminuye el precio de las cosas en razón de la demanda; pues bien, el obrero ha usado de este derecho; hay demanda de su propiedad que es el trabajo, aumenta su precio; la filoxera ha sido para el vino de Vd., lo que la Exposición para el trabajo del obrero: más demanda, más valor.

D. SEV. No quiero seguir *departiendo* contigo; porque ya la cabeza me da vueltas como rueda de molino: y esas cosas tuyas quo yo jamás había oído, me ponen como plomo en el cerebro. ¡Quédate con Dios!... (Se va)

Además de *La Huelga* tiene inéditas varias otras producciones dramáticas, esperando oportunidad propicia para llevarlas á la escena.

Como *coslumbrista* ha colaborado en muchos periódicos americanos y españoles; y entre estos últimos en *La Ilustración Española*.

Durante su viaje á Europa dió en el *Ateneo* de Barcelona de España dos conferencias sobre *Venezuela* que fueron muy aplaudidas.

Aunque no es poeta (él mismo lo reconoce con franqueza) nos ha regalado á veces con composiciones líricas deleitables. En otra sección de la Revista podrán juzgar nuestros lectores acerca de su estro poético.

Para los que hayan hojeado libros filosóficos, y sepan por propia experiencia cuan difícil es el estudio de la ciencia de las ciencias es acreedor el DOCTOR VILLASMIL á nuestros plácemes muy entusiastas, por la publicación de su *Tratado de Filosofía Elemental*, adoptado ya como texto de enseñanza. Tiene también para dar á la estampa una *Historia de la Filosofía* y *La Filosofía del*

Deber, obras ambas muy recomendables, así por el recto y amplio criterio con que están escritas, como por el acopio de sana doctrina que encierran.

A todos estos títulos une el Doctor Villasmil el de ser latinista consumado, género este de disciplina ya muy raro entre nosotros, y tan necesario para el escritor que desea conocer con entera propiedad nuestra rica lengua castellana.

Como nota alegre para terminar los apuntes acerca del DOCTOR VILLASMIL hemos de apuntar que ni está ni quiere ser condecorado. Nuestros plácemes por haber logrado salvarse de la epidemia.

Excúsenos nuestro colaborador por el desaliño de este esbozo, ya que no necesita de ajeno aplauso quien como él tiene de propio marte, títulos que le hacen acreedor á la pública admiración.

NUESTROS GRABADOS

Nueva portada

La mano genial de nuestro ilustre compatriota Arturo Michelena, contribuye hoy como antes á la mayor belleza de EL COJO ILUSTRADO. Pruébalo así la nueva portada con que se engalana desde hoy esta Revista, comenzando bajo tan buenos auspicios el segundo semestre de su publicación.

Aprovechemos que Arturo acaba de llegar á Venezuela con el objeto de restablecer su salud un tanto quebrantada, para saludarle con afecto, manifestándole al mismo tiempo nuestros deseos de que los aires de la Patria renueven sus fuerzas, gastadas en la arena donde se lucha noblemente por el arte.

M. M. Fernández

El original del retrato que hoy publicamos de este hijo querido de la musa satírica, es obra de nuestro colaborador artístico y literario, Eugenio Méndez y Mendoza. Vayan nuestras gracias por su obsequio.

Cristóbal Rojas

No es la primera vez que con tristeza nos vemos obligados á dar cuenta de una perdida esperanza para la patria. Hoy toca á CRISTÓBAL ROJAS, que en plena florescencia de un talento genial, bajó á la tumba dejando un gran vacío en el cenáculo de nuestros buenos artistas, y en el corazón de los que fuimos sus amigos y admiradores.

Nació CRISTÓBAL ROJAS en la vecina ciudad de Cúa, el 15 de enero de 1860; siendo sus padres el Señor Dr. Cristóbal Rojas y la Señora Alejandra Poleo de Rojas.

Manifestó de niño valientes disposiciones para la pintura, y la exposición de sus trabajos, que merecieron siempre los aplausos de la crítica, le valió la protección del gobierno habiendo sido pensionado por éste para complementar sus estudios en Europa, y perfeccionar sus conocimientos. Estudió en París bajo la dirección del célebre pintor Laurent, alcanzando sin cesar fama y crédito. Sus cuadros fueron siempre admitidos en las anuales exposiciones que se celebran en aquella metrópoli, debiendo nosotros mencionar especialmente su cuadro de *Las Animas* que puede contemplarse hoy en la iglesia de La Pastora y por el que le fue concedida como premio una medalla de oro en París, en el año de 1890.

Parece que el artista esperaba obtener este señalado triunfo para venir á morir en Caracas, rodeado de los suyos que llorarán eternamente su desaparición, y de la patria que nunca podrá consolarse de pérdida tan lamentable. Murió como bueno, en la brecha, el 8 de noviembre de 1890.

En otra sección publica EL COJO ILUSTRADO un interesante escrito de nuestro ilustrado colaborodor, Señor Ermelindo Rivodó, en el que con puro entusiasmo y maestría, describe una visita que hizo al estudio del artista en París.

Estatua ecuestre de Bolívar

Es uno de los mejores monumentos que posee Caracas en honor del Libertador de América y Padre de la Patria. Fué erigido en 1874, y ocupa el centro de la Plaza de Bolívar, punto principal de la ciudad.

Después de la ingratitud incalificable de Venezuela para con BOLÍVAR, vino, como era natural, la época de arrepentimiento; y nació en todos el ánimo de borrar con honores póstumos á BOLÍVAR muerto, las manchas de nuestra conducta hacia BOLÍVAR vivo. ¡Cuánto más digno sería para los pueblos escusarse de hacer el papel de Magdalena, evitando incurrir en pecado para con sus bienhechores!

Gran Ferrocarril de Venezuela

De esta importante obra que ejecuta la compañía alemana *Grosse Venezuela Eisenbahn Gesellchaft*, publicamos hoy ocho vistas entre las cuales hay 7 viaductos que son otros tantos triunfos de la ingeniería. En otro lugar del presente número verán nuestros lectores la descripción que de esta línea, honra y gloria de Venezuela y de la poderosa compañía que la ha emprendido, hace nuestro inteligente colaborador el señor doctor Francisco de P. Alamo.

La niña enferma

Antonio Herrera Toro, que de todos es conocido como pintor valientísimo, y que frecuenta con éxito á la poesía, nos regala hoy con el original de *La niña enferma* que reproducimos en fotograbado. Como sus grandes obras al óleo, tiene este pequeño trabajo buena suma de originalidad, acuciosa observación de la naturaleza, y perfecto desempeño técnico, como de mano experta acostumbrada á la realización de más altas empresas.

EL COJO ILUSTRADO le da gracias á él, y al público ofrece seguir ilustrando la Revista con producciones de dicho aplaudido autor.

VIAJANDO

Nápoles, marzo.

El centígrado marca o, está lloviendo á cántaros y el viento sopla con furia de huracán. Si fuese supersticioso diría que un mal genio viaja ahora conmigo. Desde la sombría y asfixiante Inglaterra venía con la esperanza de encontrar aquí el sol que calienta, el cielo que resplandece y el mar que convida á viajar sin mareo. Tres veces he subido á Capodimonte con la esperanza, tres veces fallida, de declamar al aire libre los versos de Shelley:

How beautiful is sunset, when the glow
Of heaven descends upon a land like thee,
Thou paradise of exiles, Italy.....

Qué diferencia entre este viaje de ahora y aquel otro de hace dos años! Con qué voluptuosidad intelectual recorrí entonces estos sitios llenos de sorpresas deliciosas y de inesperadas perspectivas de belleza! Ahora el Vesuvio está cubierto de nieve y nubes negras; en la Villa Nazionale no hay un alma; ni puedo ir á pasear por la verde Posílipo, ni por la silenciosa Pompeya ni por la artística costa de Sorrento. Tengo que resignarme hoy á hacer vulgares observaciones en la vulgar mesa redonda de un hotel cosmopolita.

Este hotel es una Babilonia de ingleses, alemanes, franceses y americanos. A la hora de comer la lengua que menos se oye es la italiana: los italianos mismos prefieren hablar francés ó inglés con los extranjeros aun cuando éstos conozcan la bellísima lengua de Dante. Una vieja señora inglesa, que habla correctamente el italiano, se queja con razón de que en todas partes le respondan siempre en francés. Un alemán, que habla el francés como un parisiense de Montmartre, aprovecha la ocasión para decirle finamente á su vecino, que no habla más que el francés, que ésta es la lengua por excelencia. El francés sonríe satisfecho.

Yo me doy á pensar, mientras como mis *macheroni*, en la grandísima diferencia que respecto al estudio de lenguas extranjeras se nota entre Francia ó Inglaterra é Italia. Un inglés rehuye cuanto puede hablar otro idioma en Inglaterra. Todo inglés está convencido, no sólo de que para ir á Inglaterra es preciso saberse de memoria á Shakespeare y conocer todos los términos de sus innumerables sports, sino también de que Inglaterra es superior á todos los países del mundo y de que la lengua inglesa es poco menos que la lengua perfecta; convencimiento que inspiró á Macaulay esta hipérbole en el primer capítulo de su Historia de Inglaterra: «Then was formed that language, less musical indeed than the languages of the south, but in force, in richness, in aptitude for all the highest purposes of the poet, the philosopher, and the orator, inferior to the tongue of Greece alone». . . En el norte también hay gascones!

Un francés no pierde su tiempo en aprender idiomas porque sabe anticipadamente que toda persona culta ha ido á París ú hojeado las comedias de Molière; á lo cual es preciso agregar que los franceses se creen superiores á todos los otros pueblos.

Los italianos son más inclinados al poliglotismo, inclinación que proviene de dos circunstancias principales: 1a que gran parte de la vida económica de Italia se alimenta del dinero de los turistas, lo cual obliga naturalmente á los italianos á atraer y retener por todos los medios posibles á los extranjeros; y 2a que el actual renacimiento italiano, especialmente en su aspecto literario y científico, se caractiza por un creciente cosmopolitismo intelectual. Es sorprendente el conocimiento que los literatos y los sabios tienen de la vida espiritual de Alemania, Inglaterra y Francia. Toda obra de crítica ó de ciencia es aquí resultante de una lectura copiosísima al propio tiempo que de largas y pacientes observaciones personales. Quizá los italianos no puedan rivalizar todavía con los ingleses en cuanto á penetración de análisis, ni con los alemanes en cuanto á riqueza de ideas, ni con los franceses en cuanto á ingenio vulgarizador; pero van en camino de amalgamar todas esas cualidades para llegar á una cima de desarrollo cerebral indudablemente más alta que aquella á donde llegó el renacimiento florentino.

Sería tarea curiosa y difícil determinar cual es la influencia intelectual extranjera que hoy predomina en el renacimiento italiano. A juzgar por el estilo de la prensa diaria la influencia del espíritu francés parece evidente: los periodistas italianos imitan admirablemente la gracia y ligereza de pluma de los mejores cronistas parisienses, cosa que contribuye á dar mayor flexibilidad artística á la lengua italiana. Casi lo mismo sucede con la novela: ejemplo de ello son las notabilísimas novelas de Verga que tantas semejanzas presentan con las de los naturalistas franceses. Pero en la poesía y en la ciencia la influencia que predomina es la alemana. El gran poeta Carducci no tiene un solo punto de semejanza con los poetas franceses. Su fantasía y humorismo se parecen mucho á la fantasía de Goethe y al humorismo de Heine, y la riqueza y clásica hermosura de sus versos hacen recordar á menudo á los poetas ingleses Shelley y Keats, siquiera por el empeño en suprimir todo adorno rebuscado ó superfluo para que la idea, la sensación y la imagen resplandezcan y palpiten siempre bajo las más sobrias y trasparentes formas. . . . En el mundo científico la influencia alemana es más evidente todavía. La misma doctrina de Darwin, que constituye la base de la historia natural, y hasta la filosofía de Spencer llegan aquí al través de los comentarios y rectificaciones de la crítica alemana. . . .

Mi vecina, que es francesa, me hace volver á la conversación de la mesa redonda preguntándome si conozco la *Cavalleria rusticana* que se canta actualmente en el teatro San Carlo.

—La he oído aplaudir tres veces: en Venecia, en Londres y en Liverpool . . . la última vez en inglés.

—Y qué dice usted del fiasco de París? Parece que los italianos son demasiado entusiastas por sus genios. . . nacientes. . . ¿Es usted mascagnista?

—Permítame usted que reserve mi juicio hasta mañana. Esta noche voy al San Carlo.

—Pues venga á hacerme una visita en mi palco . . . á la italiana.

. . . Un cuarto de hora antes de levantarse el telón el teatro está lleno verdaderamente de una concurrencia abigarrada aun en los sitios de lujo. En un palco principal, una señora en traje de sarao, un caballero de levita y otra señora que, á juzgar por el pañuelo de color que tiene en el cuello y por los guantes blancos nada frescos, debe de ser la criada. ¿El caballero será un lacayo? Lo que falta es que la señora sea una princesa para que en ese palco esté realizada la igualdad de clases.

Al empezar la bella obertura de la *Cavallería* empieza también en el patio un tumulto infernal . . . si es que en el infierno hay tumultos. Qué gritos y qué acento! En un instante todos los espectadores se ponen de pié: algunos ríen, otros parecen inquietos, otros se muestran contrariados, los más vociferan. El director de orquesta no para mientes en que el aire está lleno de ruidos nada musicales, y continúa cruzando el aire con la battuta. Las primeras frases de la obertura no llegan á oídos de nadie. Francamente yo no me había encontrado nunca en más espantosa algarabía . . . al menos en los teatros, ni aun en los de ciertas ciudades del mediodía de Francia. Esta gritería no tiene comparación sino con las que estallan en las plazas de toros de Andalucía. Y todo porque dos espectadores se disputan el mismo sitio!

Much Ado about Nothing? Aquí el menor *nada* toma proporciones desmesuradas. ¿A causa del clima? No hay duda que á medida que nos acercamos al Ecuador el hombre se hace más nervioso ó más irritable, nerviosidad ó irritabilidad que es otro indicio de su próximo parentesco con el animal que antes de aparecer el hombre, y por idénticas razones que el hombre, debió creerse rey de la creación. Sinembargo, el clima no lo explica todo: ni la raza tampoco. En esta irritabilidad de la muchedumbre napolitana debe entrar por mucho la herencia. Los napolitanos, por más que desciendan en parte de griegos, han debido conservar mucho del amor de los romanos por los ruidosos espectáculos del circo, y los españoles, durante su larga dominación de esta tierra, han debido también dejar algo de su manera de gritar en la plaza de toros . . .

El tumulto tiende á apaciguarse: la orquesta continúa impasible: Stagno empieza á cantar entre bastidores . . . De pronto al primer tumulto se agrega otro. De las galerías superiores gritan *Da capo! Da capo!* Los que no han podido escuchar la obertura no quiere resignarse. *Da capo! Da capo!* Y el director de orquesta, que debe estar acostumbrado á tales cosas, hace señas á los músicos, vuelve á abrir su cuaderno por la primera página y vuelve á empezar.

El silencio es profundísimo. Las bellas frases del preludio hacen vibrar el aire, los oídos y las almas. Stagno vuelve á cantar, con su voz potente y dulce, la serenata siciliana, y un trueno de aplausos interrumpe de nuevo la orquesta para que el célebre tenor cante otra vez su serenata.

Al terminarse la ópera, que no tiene más que un acto, corro al palco de mi vecina de la mesa redonda. Al verme me dice: —Ya lo ve usted! Los críticos de París tienen razón. Es preciso ser italiano para calificar eso de obra de genio: la obertura es bonita y el intermezzo es delicioso; pero el argumento es el de un mal melodrama y los coros son *assommants!*

Y voluble como una mariposa mi vecina vuela de un asunto á otro, sin dejarme meter basa,—con lo cual me divierte muchísimo más que si me obligase á discutir, con temeridad de simple dilettante, sobre escuelas musicales. Decididamente la única cosa imposible al lado de una mujer francesa es aburrirse!

JOSÉ GIL FORTOUL.



GRAN FERROCARRIL DE VENEZUELA — ESTACIÓN DE LOS TEQUES

EL GRAN FERROCARRIL DE VENEZUELA

Los trabajos de construcción de este importante ferrocarril tocan ya á su término en la sección comprendida entre Los Teques y La Tejería. En días pasados tuvimos la oportunidad de llegar hasta el kilómetro 45 ó sea el fin del enrielado.

Hoy que EL COJO ILUSTRADO reproduce varias vistas fotográficas de la línea férrea, daremos á sus lectores algunas noticias sobre la construcción y magnitud de esta obra.

De la estación del ferrocarril de La Guaira, cuyo edificio sirve á entreambas Compañías para la expedición de sus trenes, parte la vía férrea; atraviesa inmediatamente el gran túnel de *El Calvario*, de 240 metros de longitud: sitio aquél, como dijo un escritor distinguido, (1) que cual otro alguno de la ciudad, ha sido testigo del progreso, pues de árida altura que antes era, ha convertídose en bello jardín lleno de fresca verdura, gracias al agua que conducida por largo trayecto llegó á la cima de la colina para difundir la vida entre hombres, animales y plantas; y que á su alrededor tienen principio y desarrollo las vías férreas que determinan el ensanche del comercio y de la prosperidad nacional.

Los trabajos de apertura del gran túnel se comenzaron cuando la construcción del ferrocarril de Antímano; pero estaba reservado á la Compañía alemana la gloria de abrirlo, aunque á costa de muchos gastos y dificultades que oponía la naturaleza deleznable de la roca.

Llama la atención del viajero los grandes edificios de hierro que sobre la planicie de 7.000 metros cuadrados formada *ad hoc* en Palo Grande constituyen la verdadera estación del ferrocarril, pues allí se ven los almacenes de depósito, los talleres para la reparación de maquinarias hábilmete montados y con todos los aparatos necesarios para una línea de grande extensión, los cobertizos para locomotoras y wagones, etc., etc.

Por la margen izquierda del Guaire y en contorno de las floridas vegas y de los tablones de caña dulce, color esmeralda, sigue la línea hasta el vecino pueblo de Antímano; cruza luego el río por un puente de 90 metros de largo, para continuar por su margen derecha hasta *Las Adjuntas*, estación situada en un valle por extremo feraz y pintoresco. De ahí remonta el curso del *San Pedro*, trepando ya, pero con suavísima pendiente, por la serranía hasta alcanzar *Los Teques*.

Al pasar por los desfiladeros de *Sebastopol*, que hace época en los trabajos del Gran Ferrocarril, sorprende la colosal magnitud de las rocas que se avanzan sobre el abismo como queriendo aplastar el tren, y cuando salimos de este laberinto se respira con más satisfacción y como si hubiéramos escapado de un peligro. Sinembargo, no debe haber temor, pues es ésta la parte mas firme de la línea, merced á esas mismas rocas que parecen amenazarnos con su ponderosa mole.

Antes de llegar á *Los Teques*, pueblo que ya el pasajero contempla rodeado de cerros cubiertos de escasa vegetación, pero de una perspectiva admirable, pásase por el viaducto de *Camatagua*, uno de los mayores de la línea y elevado sobre la quebrada del mismo nombre á 22 metros.

Decir algo de *Los Teques*, de lo que tiene de mejor y más agradable, su clima; sería una mera repetición; por eso predecimos que tendrá un brillante porvenir, que será el lugar preferido de buenos y de enfermos y que no tardarán en verse sus escuestas y hoy áridas lomas sembradas aquí y allá de *chalets*, kioskos y jardines con que indudablemente nacionales y extranjeros embellecerán aquel delicioso sitio.

El punto más elevado de la vía está en la cumbre del *Corozal* á 1.227 metros sobre el nivel del mar y distante tres kilómetros de Los Teques y al atravesar el gran túnel de 267 metros de longitud que separa los dos valles, es decir, el que forma el San Pedro, más adelante el Guaire y el de Guayas, en la hoya hidrográfica del Tuy, sorprende agradablemente el cambio del paisaje, que abarca considerable extensión donde alternan altas y lejanas cordilleras teñidas de azul, colinas que se suceden en interminables grupos cubiertos de exuberante vegetación, valles profundos surcados por torrentes que van á pagar el tributo de sus aguas al turbio Guayas que vemos correr á nuestros pies precipitado de las altas montañas donde tiene su origen, para perderse á nuestra vista por el intrincable laberinto de su caprichoso curso.

La línea férrea está construida, hasta hoy, en una longitud de 47 kilómetros, con piedras formando una calzada de 3 metros, encima de la cual van los rieles. Júzguese, pues, cuánto costará este sistema indudablemente ventajoso que le da á la vía solidez y seguridad á toda prueba, si consideramos que cada una de aquellas piedras ha sido colocada en su sitio, traída muchas veces de largas distancias y colocadas á martillo!

(1) El Dr. A. Ernst.

Desde la casa estación situada en el kilómetro 35, cerca de una quebrada llamada *El Encanto*, domina la vista los profundos torrentes que van á morir en el valle de Guayas, los lejanos cerros de la cordillera del Tuy envueltos en la bruma y parte de la carretera hasta *Los Colorados*. Más allá en el kilómetro 42 construye la Empresa un camino de cable tendido sobre la embocadura de la quebrada Mostaza con dos mil metros de desarrollo, y que se utilizará para el trasporte de los materiales necesarios en los kilómetros 56 y siguientes, salvando así la distancia de 14 kilómetros de la vía en construcción y que activará la conclusión de las obras en la serranía. Vimos aquí montada una máquina trituradora de piedras para la formación del balasto.

En la gran ensenada de la quebrada Mostaza contemplamos el espectáculo animado que la asociación difunde; donde quiera lucían las tiendas y las casitas de los trabajadores con las banderas de sus diversas nacionalidades enarboladas: Alemania, Italia, Francia, Inglaterra, Suiza y Austria tenían sus representantes en estos obreros del progreso.

Al entrar en la quebrada Mostaza se pasa el viaducto *Trincheras* de tres grandes aberturas, cuya vista representa el grabado. Otro sobre la propia quebrada Mostaza, de una construcción igual á la del viaducto de "Camatagua" con 68 metros de largo. Después siguen los de *Quebrada Honda* y *El Peñón* que también están representados.

Para concebir las proporciones colosales de esta vía férrea, basta decir que en el trayecto de Caracas á La Tejería ó sean 74 kilómetros, se cuentan 125 puentes de los cuales 47 son grandes viaductos, algunos de ellos de 90 metros de longitud, y 29 puentes grandes, que por todo dan 7.000 metros de obras de hierro!

Los túneles que á cada paso se encuentran, debido á las dificultades que el terreno presenta, alcanzan á 85 en el mismo trayecto y sus diversas longitudes suman cinco mil metros! Casi todos tienen bóveda de concreto y sus proporciones son tales que el aire corre libremente por ellos sin que al atravesarlo sienta el viajero la más leve incomodidad y mucho menos la asfixia.

Otro trabajo que merece especial mención por su costo é importancia es la construcción de carreteras. De Los Teques parte la principal que sube hasta el lugar llamado "El Guamito" (1.724 m.) en el camino antiguo de Caracas á los Valles de Aragua; tiene un desarrollo de 25 kilómetros en la alta serranía y desciende para continuar paralela á la línea. De la carretera, cerca del lugar llamado Los Colorados parte la otra, la cual desciende hasta el río Guayas, cuyo curso sigue para ascender después hasta el sitio de la *Begonia* donde se construyen importantes obras. Estas carreteras han costado cerca de B. 250.000.

Como se dijo, hasta el kilómetro 45 llega el enrielado y hoy estaría más adelantado si los trastornos políticos que todos conocemos no hubieran sido parte á causar la paralización de los trabajos.

Cuando desde lo alto de la carretera contemplamos el inmenso trazado de la vía, con sus túneles, grandes viaductos, y terraplenes, muchos de los cuales están formando de millares de miles de metros cúbicos de tierra, los grandes puentes y los muros; si consideramos la suma de esfuerzos físicos é intelectuales de tantos hombres persiguiendo un mismo fin y animados de igual entusiasmo por la causa del progreso, exponiendo sus vidas á la orilla de profundos abismos ó de rápidas pendientes, ó abriéndose paso en las entrañas de las rocas para dar paso á la rauda locomotora, no podemos menos que expresar nuestra admiración; y si hoy consideramos esta magna obra como superior á nuestro estado de adelantamiento material, ¿quién nos responderá del porvenir, cuando merced á la extensión de las vías férreas, á la que ésta sirve de centro, se desenvuelva nuestra industria nacional, se pueblen nuestros campos y ciudades y se desarrollen los fecundos gérmenes que guarda nuestro suelo?

Con efecto, el Gran Ferrocarril al poner en directa y rápida comunicación la capital de la República con los feráces Valles de Aragua, con la ubérrima región del lago de Valencia y más tarde con los extensos llanos del Guárico hará fácil y posible el acrecentamiento de poblaciones que hoy no tienen ni agricultura ni industrias y que por tanto no pueden aprovecharse de lo que la naturaleza pródigamente les ofrece; abrirá ancho campo á las especulaciones comerciales lo que contribuirá á la grandeza de la capital y de la ciudad de Valencia, que se convertirá en centro de grandes operaciones; se utilizará ese Lago, hermosa balsa andina, como lo llamó el Barón de Humboldt, para comunicarse con la red fluvial del extremo Sud Oeste del Estado Miranda, de la Sección Portuguesa, del Estado Zamora, por el Apure y con el mar!

Continúa la vía férrea, á través de un terreno por extremo áspero y cortado por los arroyos que bajan de la montaña describiendo las inmensas vueltas, que forman las ensenadas de la *Mostaza* y la *Begonia*. En el lugar denominado *Agua Amarilla* y sobre la profunda quebrada de este nombre muy abundante en aguas, se monta actualmente un viaducto de 90 metros de largo y de 45 metros de altura. Bajamos al fondo de la quebrada para contemplarlo sobre sus grandes soportes, que tienen más ó menos la altura de nuestra torre de Catedral.

En la ensenada de la *Begonia*, así como en las del Encanto y *Mostaza*, hay estaciones, para recibir los productos de estas regiones, cultivadas de café y frutos menores, y los que vengan de Las Lagunetas por el antiguo camino de recuas.

Es en algunos sitios tan inhospitalario el terreno que no se encuentra agua para las construcciones y es necesario entonces conducirla desde el fondo de las quebradas á *lomo de burro*.

La Empresa hasta meses pasados empleaba como cinco mil hombres en los trabajos de la *Mostaza* á *La Tejería* y de allí á Valencia.

De *Los Teques* á *La Tejería* registra la Empresa 1.800,000 metros cúbicos de movimiento de tierra y se han transportado 3.000,000 de kilógramos de hierro para las diversas obras.

Al terminar esta reseña cúmplenos hacer mención de la parte que en la realización de esta obra extraordinaria, ha cabido á los ingenieros alemanes y venezolanos y que le han dado cima con laboriosidad y competencia reconocidas.

Caracas: Junio de 1892.

FRANCISCO DE P. ALAMO

AL SR. LUIS BRANDT

EN LA SENTIDA MUERTE DE SU HIJA JOSEFA

I

Un hombre en el sitio que el dolor encierra,
Marchita la frente, turbada la faz:
Del duelo más grande que existe en la tierra
Se mira llorar.

II

Y un ángel que, rota mortal vestidura,
Rasgó de los cielos el vasto confín:
Con rostro de gloria y excelsa dulzura
Se ve sonreír.

III

El hombre es un padre que llora á su hija,
La niña es el ángel que al Cielo voló . . . . .
¡No turbes, oh padre¡ la gloria prolija
Del angel de Dios! . . .

DR. DAVID VILLASMIL

RIMAS

Á M. . . .

Quise encontrar la aurora de ese día
Que anhela el ideal de mis antojos:
Y ¡oh dulce hallazgo de la dicha mía!
Hallé tus ojos.
Lleno de fe por ideal divino
Lanceme en pos de la anhelada palma:
Y ¡oh cruel realidad de mi destino!
No hallé tu alma.

DR. DAVID VILLASMIL

RUEGA POR MI

Á ELLA

I

Si al despertar es en tu amor que pienso
Y á Dios le robo mi primer fervor:
Ruégale me perdone al Dios inmenso.
La culpa de tu amor.

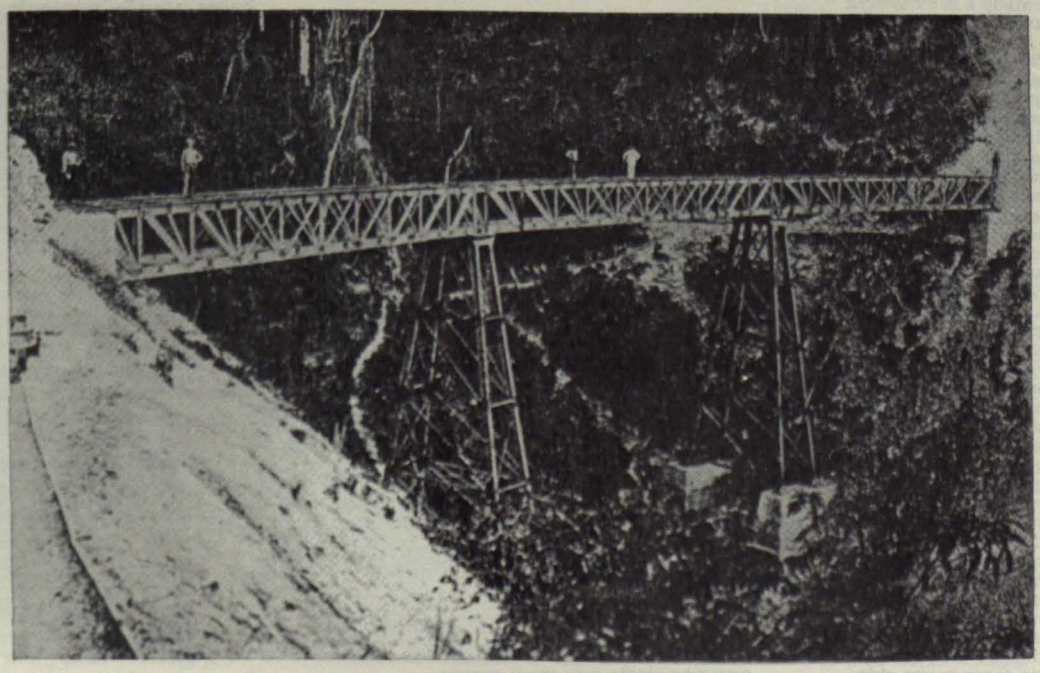
II

Si en vez del cielo al fenecer del día
Me atrae tu recuerdo abrumador,
Por esa nueva culpa que no es mía
Ruega por mí al Señor.

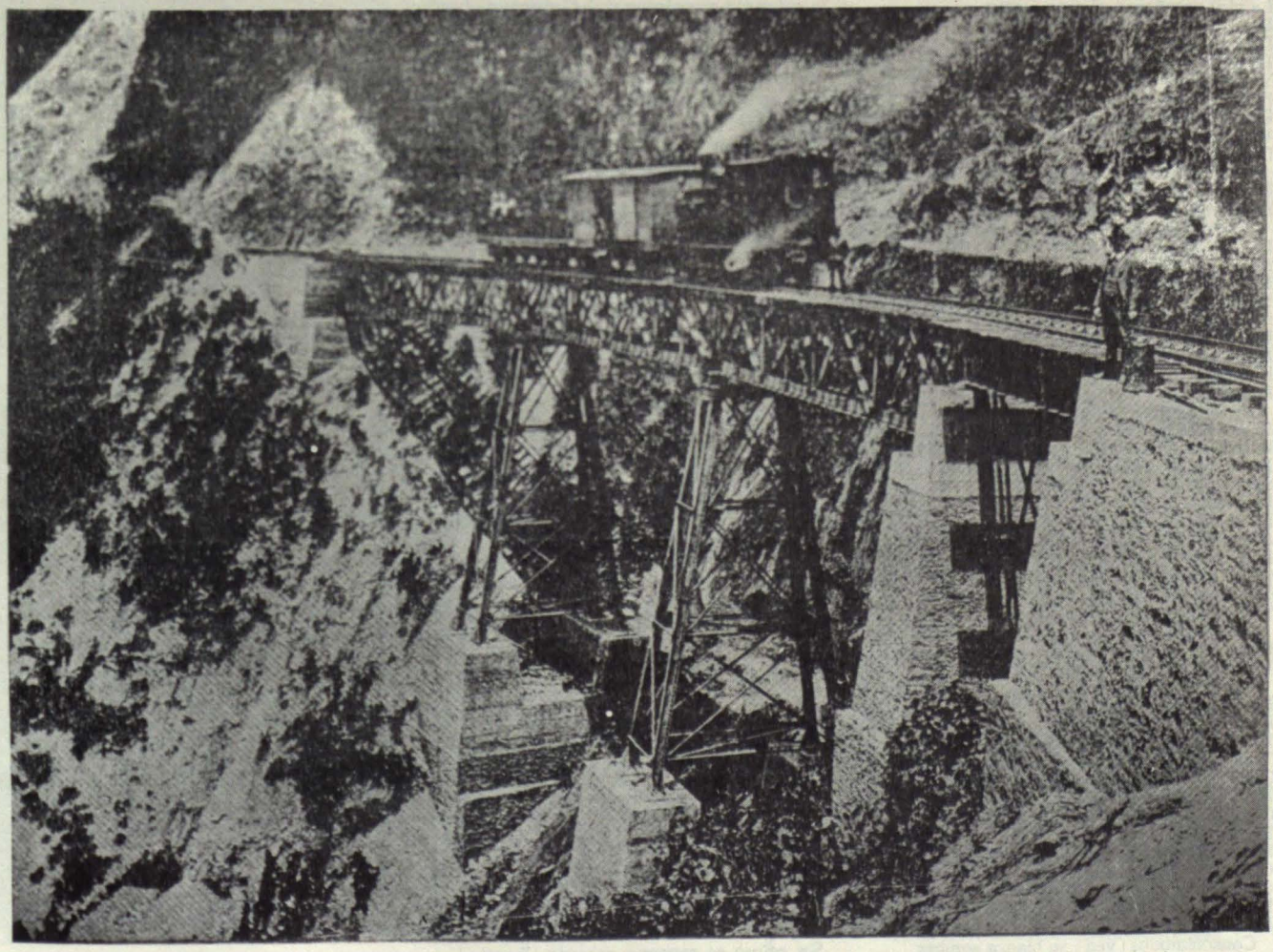
III

Y pues te dió alma que fulgor despide,
Y puso ardiente corazón en mí . . .
¡Tiene que perdonarme que lo olvide
Para pensar en tí!

DR. DAVID VILLASMIL



Gran Ferrocarril de Venezuela — Viaducto de Las Trincheras



Gran Ferrocarril de Venezuela — Viaducto kilómetro 38 + 105

A ALFREDO, EN LA MUERTE DE BENITO

ELEGIA

¿Por qué llorarle, amigo, si muriendo
Fue más feliz que atado á la existencia
Próxima á declinar? Ah! sí, le envidio:
No miró decrecer los días fulgentes
Del abrigado otoño hasta tornarse
En larga noche nebulosa y fría,
Sin luz para los ojos y sin fuego
Para el amante corazón aún vivo.
Y murió, al cielo levantando iluso,
Para después llevarla al riente labio,
La copa del placer ornada en mirtos
Y rosas inmortales del Pierio.
Murió cuando la musa cariñosa
Venía por la noche á su almohada,
Besábale en la frente y, ya despierto,
Le mostraba, pasando en las cortinas
De su lecho y en vívidos colores,
Escenas inefables, que él creía
Aspectos de la dicha con que el Hado
Su amor iba á premiar y sus virtudes.
Murió oyendo los plácidos requiebros
Y la lisonja siempre verosímil
De la esperanza, enamorada eterna
Del rostro sonrosado que coronan
Aún negros y abundosos los cabellos.
Su vida se extinguió, como en las naves
Del templo la plegaria de una virgen;
Como aroma de vino bendecido
En el cáliz dejado sobre el ara:
Como esplendor de cielos que se hunde
En el tenue vapor del horizonte,
Y deja que la noche lentamente
Borre la estela que pintó de oro
Sobre el azul plomizo de la tarde.
Fue el cisne que, encontrando su pureza
Digna de otra región, las alas tiende,
Prorrumpe en dulce canto nunca oído,
Piérdese, inmaculado, entre las nubes,
Y deja en las pupilas que lo siguen
Todo el deslumbramiento de su albura . . .
Ah! cómo, en los instantes en que vaga
Sin rumbo el pensamiento, es atraído
Por su memoria, y á mis ojos vienen
Las páginas serenas de su vida!
Ya sin padre nació; mas no infelice:
Fue tu gemelo, y dividió contigo
La viril enseñanza, el sano afecto
De una madre romana que, celosa
De su máxima cuna, quiso altiva
Haceros joyas de valor inmenso
Y ostentaros doquier llena de orgullo,
Para, después que la envidiasen todas,
En un tesoro que la Patria oculta,
Y su única esperanza será en breve,
Dejaros abnegada y ausentarse . . .
Pero más delicado, y con el alma
Más débil que la tuya, el buen mancebo
Sintió más los abrojos del camino.
Llamábale la Gloria, y tras su lumbre
Iba á lanzarse, cuando ya en la senda
Miró desvanecerse poco á poco
El brillo de su estirpe generosa
Y, asaltado el asiento de Bolívar
Por el crimen audaz ó la barbarie,
Prostituirse en insensata orgía
El sacrosanto nombre de la Patria.
Entonces su alma, del honor albergue,
Plegó las alas y detuvo el vuelo.
No murió en él la envidia á sus mayores
Ni el amor á la Gloria, pero manso
Buscóla asíduo en la virtud, y un día,
Firme héroe del trabajo y del estudio,
Sintió caer sobre su limpia frente
La corona de lauros del poeta:
La amable Musa y el Amor prestaron
Acentos á sus labios; al oírlos
Rompió el aplauso general y vióse,
Quizá único ejemplo entre nosotros,
Que el talento, y el ánimo templado
Y el saber vasto en la humildad cabían.
¡Cómo, entonces, hallándolo perfecto,
Envanecido y tierno lo mimabas,
Y, envidiándote yo, lo bendecía! . . .
No más lágrimas ya: que su memoria
Nos sea como el eco deleitable
De una música triste, que de lejos
Hasta nosotros llega, y nos sumerje,
Tras ideal vaguedad, en dulce calma.
Que sobre este dolor, que nos oprime,
Rientes caigan sus últimos recuerdos,
Como, sobre su féretro caían
Rientes y vivas las tempranas flores
De que manos amigas lo cubrieran;
O como aquella lumbre de la tarde
Que, prodigaba su oro y sus caricias,
Para arrancar á la espectante fosa
El horror infundado y el misterio . . .
Consolémonos! ven; su blanca sombra
Estrechemos al par: verás como ella
Hace, desvanecida, que encontremos:
Tú, en tus brazos y en mí, tu buen hermano;
Yo, en los míos y en tí, mi dulce amigo.

Caracas: junio de 1892. P. ARISMENDI B.

LOS PATIQUINES

—

Creo innecesario explicar la significación de esta palabra.

Para no dejar de parecer etimologista, ó pedante que es lo mismo, diré que viene de la voz italiana *partiquino*, que significa actor de baja escala.

Un paje mudo, por ejemplo, aquel que sale á decir—*aquí están las velas*, no son más que *partiquinos*.

La palabra *patiquín*, degeneración de aquella, es nueva en el diccionario venezolano, así como es nuevo, y original de nuestro suelo, el tipo que ella designa.

Los antiguos no conocieron esta sabandija, nacida de nuestras revoluciones, como brotan lombrices y sanguijuelas de los pantanos.

No he querido comparar al patiquín con la tímida lombriz ni con la chupadora sanguijuela, ni mucho menos con el lodo de nuestras convulsiones políticas; líbreme Dios de hacer comparaciones tan exactas.

Ante todo amo la ficción, si nó, parecería extranjero en mi patria.

El patiquín no nace precisamente el día de una convulsión: él existe, pero vive en incubación durante los períodos pacíficos, que por cierto son muy cortos.

Así como el gusano vive en su capullo hasta que se convierte en mariposa, esos jóvenes turbulentos, ociosos y sin carrera, viven en las cantinas hasta que se transforman en patiquines.

La cantina es el capullo de esta crisálida.

Con el primer grito de una insurrección y la primera proclama del Gobierno, brotan á millares, como las ranas con las primeras lluvias.

El patiquín nace sin opinión: él se declara en ejercicio, como abogado novel, antes de saber qué causa defenderá: los acontecimientos van á fijar su opinión.

Lo único que él sabe de cierto es—que en río revuelto ganan los pescadores.

Aquellos que logran una ración del Gobierno como *agregados;* una comisión para embargar bestias,—empleo que produce dos ganancias—una por embargar y otra por no embargar; una comandancia de patrulla para cobrar reemplazos, ó cualquiera otra ganga, se deciden por el Gobierno, ó sea por la constitución y las leyes.

Los que no caben en la gracia del Gobierno, se hacen conspiradores y andan de corrillo en corrillo, hasta que creen llegado el momento del triunfo.

Entonces se incorporan á la facción.

Ya está el patiquín en su verdadero elemento.

Se le distingue á leguas por el talante, más dramático que bélico.

Gran sombrero, con el ala izquierda apuntada, sosteniendo una hermosa pluma que arrancó á la gorra de la mamá:

Chaqueta azul con botones amarillos:

Pantalón metido por dentro de las botas, remedando las jacobinas:

Carriel fileteado, con cigarros, cepillos, peines, un billete amoroso y una clineja de Laura. Sable curvo y mohoso; enorme revólver.

Los patiquines no entran á servir en ningún cuerpo regular; ellos se acomodan en el Estado Mayor, ó forman esos cuerpos ligeros, insubordinados é inútiles que llaman *piquetes*.

Su oficio es recoger ganado, bestias, empréstitos, etc. Nadie más violento que ellos contra los hombres, las mujeres y objetos indefensos.

Los patiquines tienen para la guerra una ventaja muy envidiable, y es su horror á los peligros.

Entre ellos y las balas no hay ni puede haber ningún punto de contacto: son antípodas.

De ahí viene que no se ha dado el caso de un patiquín muerto en campaña, como no sea de miedo ó de calenturas.

En compensación de esto, son los más avanzados cuando llega la hora de comer.

¡Ay de las gallinas donde cae una manada de estos zorros!

Cuando el soldado, muerto de fatiga, está jadeante de sed, el patiquín se está bañando!

En la hora del combate ocupan también su puesto, no precisamente en las filas de batalla, sino en las de observación.

Allí, trémulos de coraje, esperan el resultado. Si es adverso, nadie les quita la vanguardia en la carrera; si es favorable, se quedan recorriendo el campo para recoger los heridos, y los caballos.

Cuando el campamento es sorprendido, sin que los patiquines hayan tenido tiempo de acomodarse, la derrota es infalible, porque no hay soldado que resista sus gritos de terror, ni las patas de sus caballos que se llevan por delante todo lo que encuentran, menos al enemigo.

Un ejército recargado de patiquines está siempre próximo á ser destruído, porque lleva en su seno un mal elemento—el pánico.

Sin embargo, en los desastres tienen reservado un puesto de honor en que lucen mucho—¡la lista de prisioneros!

Y es gusto verles entre las filas de sus vencedores, cabizbajos, ennegrecidos por el polvo y con un gesto que parece decir:

«Oh ironía de la suerte! ¡Tanta humillación por premio de tanto heroísmo!
«La posteridad me hará justicia!»

Pero si llega un día de triunfo para su causa, entonces entran erguidos como grandes libertadores; cada cual cree que todos los arcos son para su gloria y que las damas no piensan más que en su bravura.

Al referir sus hazañas, cree uno que oye al mismo Marte.

El triunfo se debió únicamente á él: el jefe no hacía nada sin consultárselo: los soldados no seguían más que su plumaje!

Todos los destinos deben ser para él, porque sólo su denuedo los ha conquistado: deben darle una Aduana, y no para administrarla, sino para disfrutarla.

¿Qué menos? ¿No espuso él su vida á un constipado, á una mordedura de culebra? ¿No ha podido recibir un balazo al cargar su revólver?

El día de las recompensas honoríficas, consigue sin esfuerzos que le confirmen su grado de general, que él mismo se había dado, y ya lo tiene usted creyendo que es verdad su propia fábula!

De esos patiquines generales, es que se han formado esos miles de generales patiquines que cuenta nuestra lista militar, para asombro de las naciones del orbe.

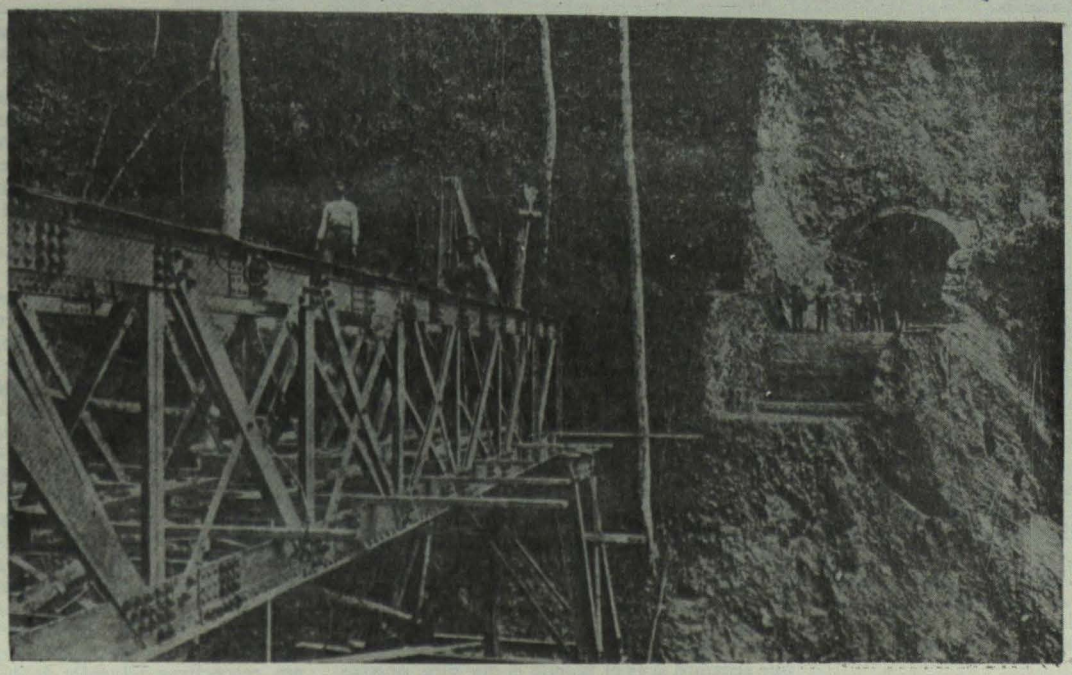
Y no es lo peor, sino que tenemos en espectativa una cosecha que va á poner la especie por el suelo!

Los generales se cotizarán como los mangos, á tres reales el ciento!

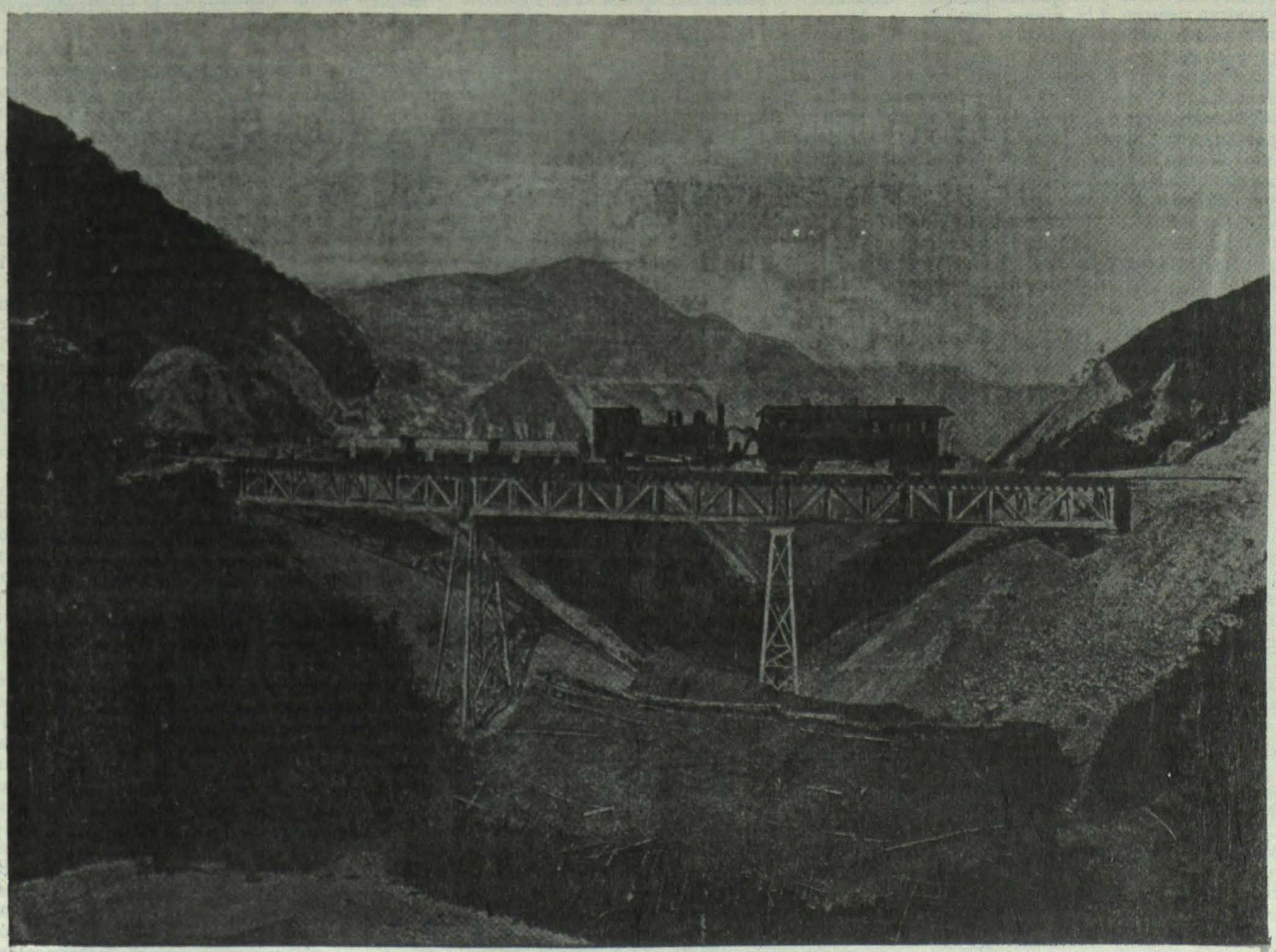
Por fortuna yo tengo mi grado antiguo, y no fué ganado con plumajes, ni clinejas, ni fanfarronadas; ese me costó,—lo digo con vanidad—muy buenos veinte pesos!

F. DE SALES PÉREZ.

Febrero 4—1879.



Gran Ferrocarril de Venezuela — Viaducto de Quebrada Honda



Gran Ferrocarril de Venezuela — Viaducto de El Encanto

OMNIPOTENCIA DE EROS

Continuación.

II

El espectáculo imponente de la bóveda estrellada: su majestuosa rotación: la vuelta diaria de las estrellas: la sucesión sempiterna de los días y de las noches; todo en el cielo hace creer á primera vista que la tierra está inmóvil en el centro del universo. Tal fué la creencia de los hombres durante una larga serie de siglos. Admitíase la existencia de cierto número de esferas concéntricas de cristal, sobre las cuales estaban fijos, á manera de clavos con cabeza de oro ó de diamante, el sol, los planetas y las estrellas; y que estas esferas giraban en veinte y cuatro horas, al rededor de un eje fijo que pasaba por el centro de la tierra. El movimiento general y particular de todas las esferas celestes provenía de una fuente inagotable inherente á la esencia misma del cielo más elevado, designado bajo el nombre de *Primer Móvil*. Más allá del cielo de las estrellas, y del Primer Móvil, se encontraba el *Empíreo*. Esta creencia era la de los hombres más eminentes de los tiempos antiguos; de los Aristóteles, de los Hiparcos, de los Tolomeos, etc., etc. La consagración de tal sistema se halla en uno de los libros más venerados de la antigüedad y de la edad media; la obra decorada con en el nombre de *Almagesto*, ó lo que tanto vale, *El Grande*, debido al célebre astrónomo Claudio Tolomeo.

Pero los movimientos de los planetas, ya directos, ya retrógrados, y los momentos de detención en su marcha, se avenían mal con la circulación de las esferas; entonces se ideó, para remediar el inconveniente, el sistema de varios círculos llamados *epiciclos* y *deferentes*, invención debida al célebre geómetra Apollonius de Perga. Sobrevino otra dificultad, y es que los planetas no se encuentran siempre á la misma distancia de la tierra; para suprimirla se creó el sistema de los *excéntricos* debido á Hiparco. Los epiclos y los excéntricos fueron sucesivamente inventados, modificados y multiplicados según lo exigían las observaciones más repetidas y precisas, hasta el punto que, á principios del siglo XVI, había un número inmenso de círculos entrelazados que constituían un verdadero laberinto.

George Purbach, el primer astrónomo del renacimiento, se esforzó en restablecer textualmente los cielos sólidos de los antiguos: su discípulo Juan Müller, más conocido bajo el nombre de Regiomontanus, talento distinguido, completó las observaciones del maestro; y Fracástor, contemporáneo de Copérnico, llevó á sus últimos límites el sistema de Tolomeo y de las esferas de cristal.

Las creencias populares fundadas en el testimonio de los sentidos, y las opiniones de la mayoría de los hombres instruídos en la antigüedad y la edad media, eran, pues, en favor de la doctrina geocéntrica, que suponía la tierra inmóvil en el centro del universo; no faltaron, sin embargo, en diversas épocas genios, que anticipándose á su tiempo, columbraron el verdadero sistema del mundo.

La escuela de Pitágoras fué la primera en explicar el movimiento general diurno de la esfera celeste por el movimiento de la tierra al rededor de sí misma. La historia del maestro es poco conocida; se puede sí asegurar que viajó por Egipto, Fenicia y Caldea, y se dice que él enseñaba en secreto á algunos de sus discípulos la teoría del movimiento de la tierra que aprendió de los Egipcios, según unos; de los Caldeos, según otros. Aristóteles atribuye positivamente á los pitagóricos la afirmación de que la tierra gira sobre sí misma. Cicerón, refiriéndose á Teofrasto, dice que Nicetas de Siracusa, pitagórico, enseñaba que el cielo, las estrellas etc. quedan inmóviles, mientras que la tierra sola da vuelta: *ésta, girando con rapidez al rededor de su eje, produce exactamente el mismo efecto que si la tierra quedase inmóvil y el cielo diese vueltas.* Plutarco presta la misma idea á Heráclides de Ponto y Ecphantus, también de la escuela pitagórica.

Como se ve, sólo se trata aquí del movimiento diurno ó de rotación de la tierra; respecto al movimiento de traslación, dícese que Philolaus, discípulo de Pitágoras; fué el primero en anunciarlo; pero es muy dudoso que se hubiese referido al movimiento anual. El conocía sin duda el de rotación; pero respecto al de traslación, lo que hay de cierto es que negaba á la tierra su posición central para acordársela al fuego, y es al *rededor de este fuego que la tierra gira circularmente;* mas no se explica relativamente á la naturaleza de este fuego.

El primero en afirmar de una manera explícita el movimiento de la tierra en torno del sol, fijo en el centro, fué Aristarco de Samos, de la escuela de Alejandría. Plutarco dice: *Aristarco coloca el sol en el número de los astros fijos, y hace, por el contrario, mover la tierra en el círculo solar*; y de otro pasaje del mismo autor se deduce que Aristarco creía también en el movimiento de rotación; de manera que, como lo afirma Humboldt en su Cosmos, este ilustre astrónomo fué el primero en combinar los dos movimientos fundamentales de nuestro planeta, opinión de que participó su contemporáneo Seleuco de Babilonia.

Aristarco fué denunciado por Cleanto á los ortodoxos de la Grecia pagana como violador de la religión, porque hacía mover el foco del mundo; y que, para explicar los fenómenos celestes, suponía al cielo en reposo, miéntras que la tierra circulaba por la esfera oblícua, al mismo tiempo que, giraba al rededor de su eje.

Séneca puso la cuestión del movimiento de la tierra en los términos siguientes: "Es tiempo de que sepamos si es el mundo el que gira, quedando la tierra inmóvil, ó si es la tierra la que gira, estando fijo el mundo *(utrum mundus terra stante circumeat, an mundo stante terra vertatur)*..... Es un problema digno de ejercitar el espíritu humano el averiguar el estado de las cosas en que estamos; el saber si la morada que nos ha tocado es inerte, ó si se mueve muy rápidamente." (Séneca Nat. quæst. VII 2).

Algunos de los antiguos pensaron también en el movimiento de rotación de los planetas que no fué descubierto sino en el siglo XVII, á favor de los anteojos astronómicos. Atticus y Plotimo atribuyen este parecer á Platón. Vitruvio, en el siglo de Augusto, y Martianus Capella del siglo V de nuestra era, hablaron de la traslación de Mercurio y Vénus al rededor del sol.

Posteriormente no volvemos á encontrar la opinión del movimiento de la tierra sino mucho más tarde. En el Zohar, uno de los libros fundamentales de la Cábala hebraica, escrito antes del siglo XIII, hallamos el pasaje siguiente. "La tierra gira sobre sí misma en forma de círculo. Los unos están hacia arriba, los otros hacia abajo. Todas las criaturas cambian de aspecto según el aire del lugar, guardando, sin embargo, la misma posición. Tal comarca de la tierra está iluminada, mientras las otras están en las tinieblas."

Cien años, en fin, antes de la publicación del libro de Copérnico se lee en la Enciclopedia teológica y científica del Cardenal Nicolás de Cusa lo siguiente: "Nos es manifiesto que la tierra se mueve, aunque este fenómeno no sea inmediato para nuestros sentidos, porque nosotros no podemos juzgar del movimiento sino por la comparación con lo que es fijo; de la misma manera que el que boga en una barca que se desliza con calma por un río, no puede reconocer su movimiento sino por el de la ribera. Es así como el movimiento del sol y de las estrellas es el solo que nos da testimonio del nuestro..... Puede haber varios mundos habitados. La tierra es más pequeña que el sol y más grande que la luna, como lo prueban las observaciones de los eclipses. Ella es más grande que Mercurio."....

Mientras los astrónomos se esforzaban en explicar los movimientos celestes, acordándose los más con las enseñanzas de Tolomeo, el inmortal Cristóbal Cólon descubrió el nuevo mundo, y permitió comprobar por la observación directa, la esfericidad de la tierra, abriendo así paso franco á la doctrina heliocéntrica de Copérnico. Lo que constituye el mérito incuestionable de este ilustre sabio es haber demostrado de una manera evidente, una verdad que hasta él había sido únicamente anunciada. Los trabajos de sus predecesores en nada rebajan la grandeza de su descubrimiento, como los trabajos de Galeno, de Vesalio, de Servet, de Colombo, de Cesalpino, de Fabricio d'Acquapendente, en nada amenguan la gloria de Harveo como descubridor de la circulación de la sangre; y como los trabajos de los geómetras griegos, de Fermat, de Wallis y de Barrow, ni en un ápice disminuyen la excelsitud de la invención del análisis trascendental por Leibnitz y por Newton. Tal es la ley en la evolución de la inteligencia humana. Ningún descubrimiento se verifica sin antecedentes, ya que todos los sucesos que se refieren á la humanidad colectiva están sometidos á la ley de filiación. Lo contrario sería suponer posible el absurdo de un efecto sin causa.

El inmortal Copérnico llegó á pensar que un sistema tan complicado y tan grosero como el que corría en su época, no debía ser divino ni podía ser natural; después de treinta años de estudios serios, se convenció de que dando á la tierra un doble movimiento de rotación sobre sí misma en veinte y cuatro horas, y de traslación al rededor del sol en trescientos sesenta y cinco días y un cuarto, se explican la mayor parte de los movimientos celestes para los cuales se habían inventado las innumerables esferas de cristal.

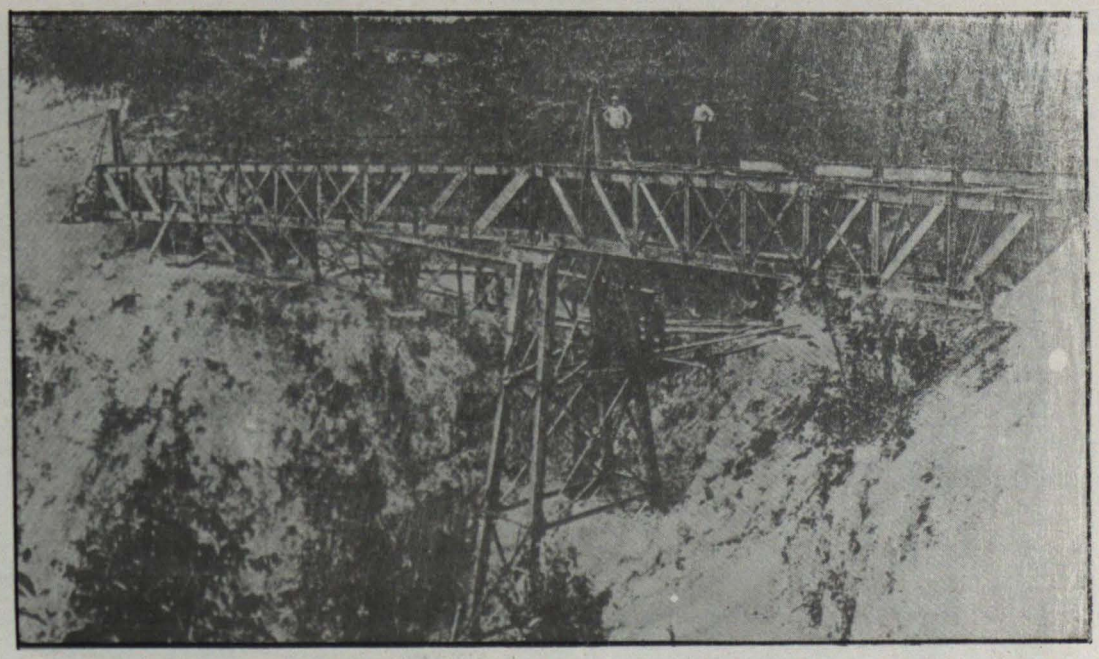
No obstante que Copérnico llegó á adivinar por sus meditaciones la existencia de la gravitación que él define: "Un cierto deseo natural dado por el Ser Supremo á todas las partes de la materia, por medio del cual ellas tienden á unirse bajo una forma completa y única, y á constituírse en un globo," su sistema no hizo otra cosa respecto al de Tolomeo, que cambiar las posiciones respectivas del sol y de la tierra, pero sirviéndose de los mismos materiales y de las mismas fuerzas. Preocupado por la idea metafísica de los antiguos de que el círculo es la figura más perfecta, sostuvo que los planetas se movían en círculo al rededor del sol. Los principales entre los epiciclos y los excéntricos fueron conservados; y el sistema del mundo, aunque más simple, no fué magnificado ni idealizado como lo es en nuestros días.

Las observaciones de Tycho Brahe sobre los cometas echaron á tierra las esferas de cristal; y las que hizo acerca del movimiento de los planetas sirvieron de base al célebre descubrimiento de Kepler de las leyes que llevan su nombre. Desgraciadamente para la memoria de Tycho Brahe, escrúpulos eligiosos le hicieron modificar el sistema de Copérnico combinándolo con el de Tolomeo; pues si admitía que los planetas circulaban al rededor del sol, sostenía que éste, con su cortejo, daba vueltas al rededor de la tierra inmóvil en el centro del mundo.

Miguel Maestlin, profesor de matemáticas en Tubinga, enseñaba en su juventud el sistema geocéntrico de los antiguos; mas en la declinación de sus días, y después de haber examinado el sistema de Copérnico, se convirtió en su ardiente partidario y propagador, y tuvo la gloria de atraer á los dos hombres más eminentes de su época; á Kepler por sus enseñanzas, á Galileo por sus conversaciones.

Bien conocidos son los méritos distinguidos y las desgracias del ilustre Galileo. Nacido veinte y un años después de la muerte de Copérnico, fué el primer astrónomo que osase profesar en alta voz el nuevo sistema y que le enseñase por escrito. El descubrió las leyes de la pesantez y comprobó que todos los cuerpos son igualmente atraídos por la tierra. Numerosas fueron las pruebas que en favor de la doctrina de Copérnico adujo como resultado de sus observaciones con los anteojos recientemente descubiertos. La luna se le presentó como un mundo análogo al nuestro con sus valles y sus montañas. En el sol descubrió las manchas, y llegó á demostrar su rotación de occidente á oriente. Dirigiendo luego su anteojo hacia Júpiter halló que había allí una miniatura de nuestro sistema solar, formada por el planeta rodeado por sus satélites, á los cuales encontró por primera vez; pero el descubrimiento más importante fué el de las fases de Vénus y de Mercurio, que vino á confirmar la predicción de Copérnico, quien las había visto con los ojos del espíritu á falta de instrumentos de aumento. Este hallazgo le hizo exclamar en un rapto de entusiasmo: "¡Oh Nicolás Copérnico! ¡Cual habría sido tu satisfacción, si te hubiese sido dado el gozar de estas nuevas experiencias que confirman plenamente tus ideas!"

El célebre Kepler se declaró al mismo tiempo que Galileo en favor del sistema de Copérnico. Esta poderosa inteligencia, animada por el ardor de los descubrimientos, quería aclarar á todo precio el secreto de los movimientos celestes. El consideró al sol no solamente como centro de movimiento, sino como centro de fuerza, y afirmó que de este astro emana el poder que retiene á los planetas en sus órbitas, del mismo modo que surgen de su seno los torrentes de luz y de calor que animan á sus rendidos cortesanos. Después de diez y siete años de observaciones sobre el planeta Marte, legó á descubrir las leyes que llevan su nombre, y que establecen la armonía de nuestro sistema planetario. La primera ley, segunda en el orden cronológico, asegura que los planetas se mueven no en círculos, como se creía, sino en elipses, y que el sol ocupa uno de los focos. La segunda que fué encontrada primero, dice que la línea que une el sol al planeta, ó sea el radio vector, describe en su movimiento áreas iguales en tiempos iguales; y la tercera, que hace de todos los planetas miembros de una misma familia, afirma que los cuadrados de los tiempos empleados en las revoluciones de los planetas son proporcionales á los cubos de sus distancias medias. Desde este momento los epiciclos y los excéntricos son anulados, y una magnífica simplicidad es introducida en el reino de los cielos.

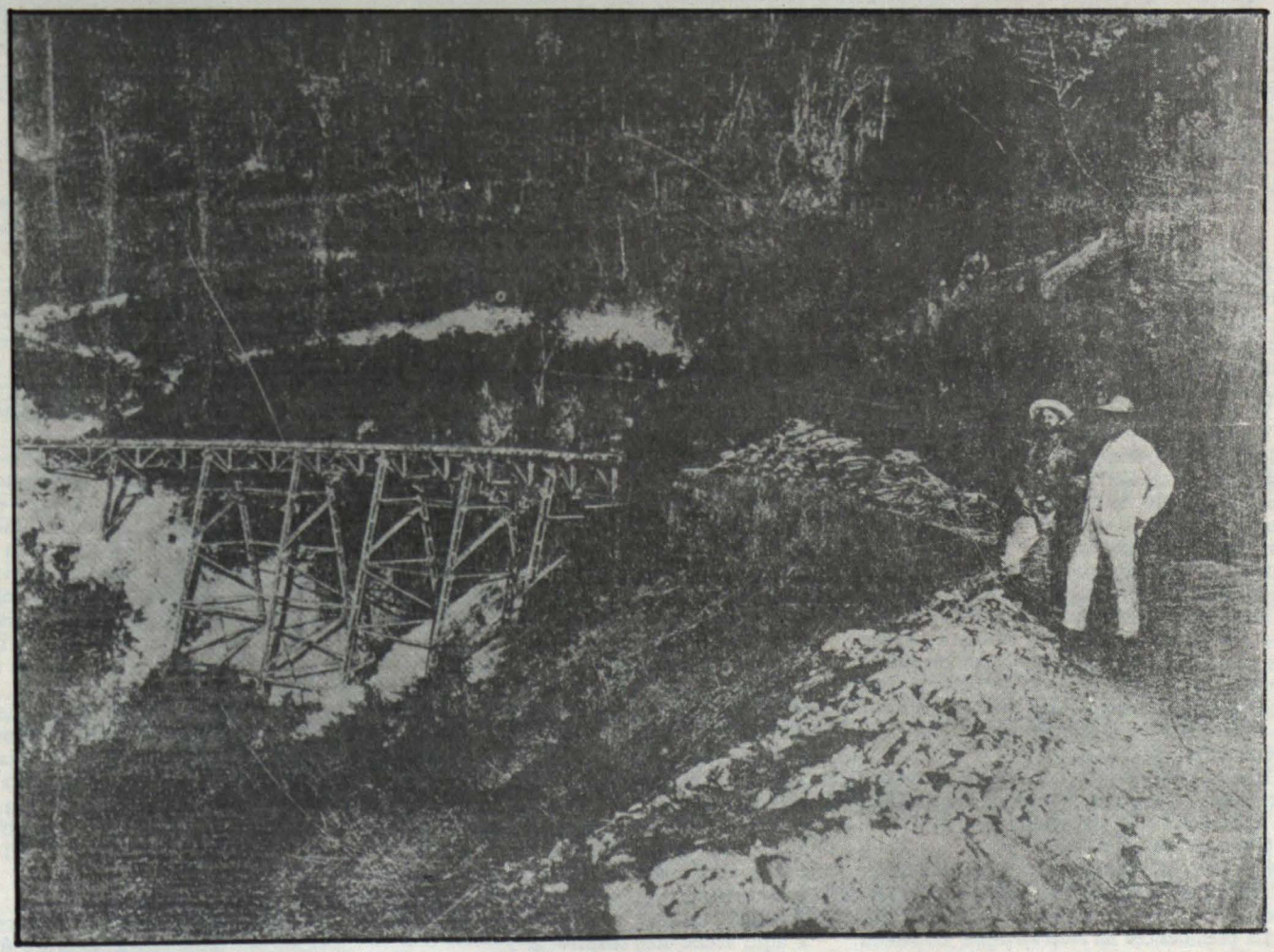


GRAN FERROCARRIL DE VENEZUELA — VIADUCTO DE EL PEÑÓN

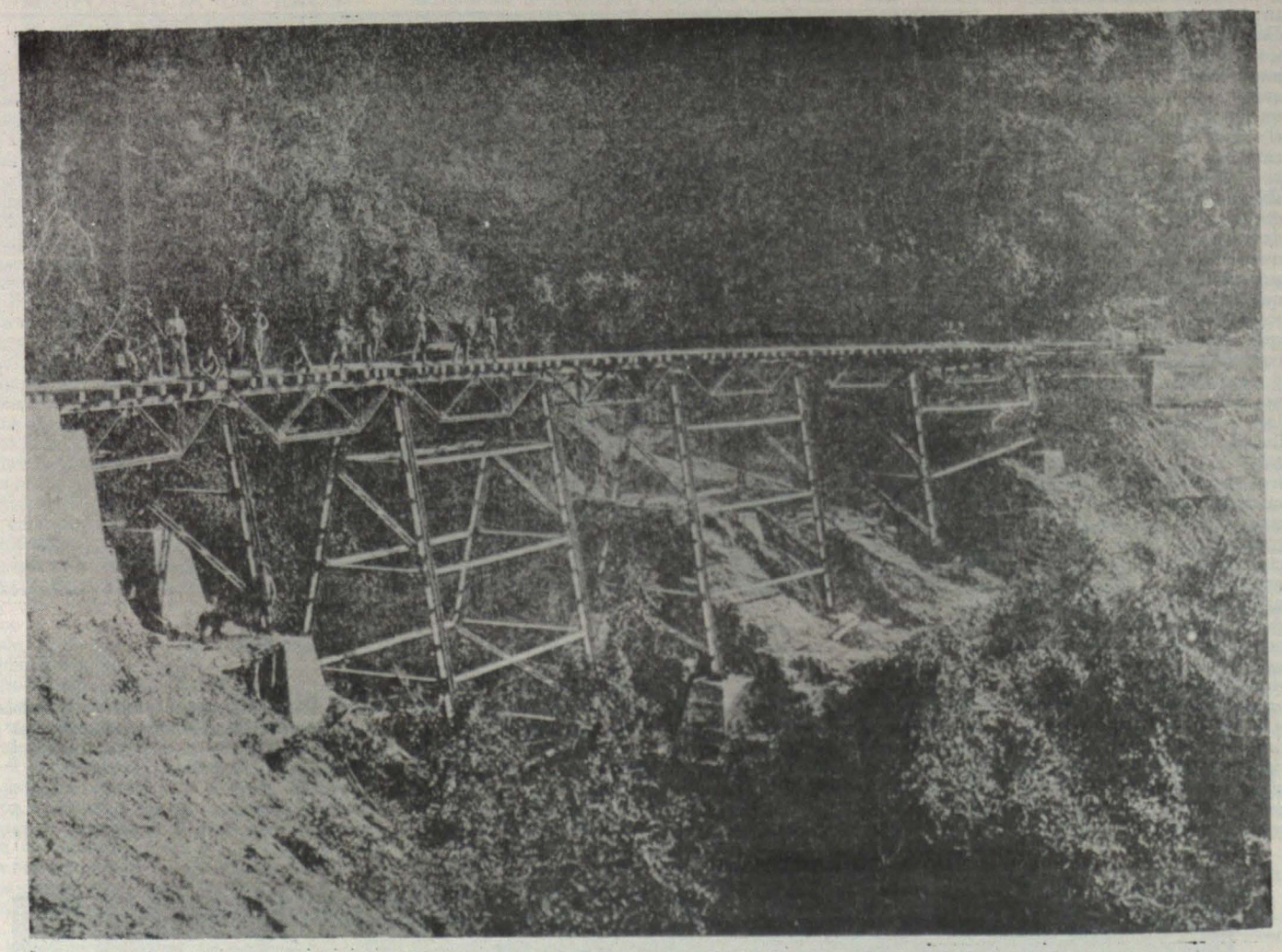
El descubrimiento de los satélites de Júpiter hizo posible, por la observación de sus eclipses, el de la velocidad de la luz hecho por Roëmer; y este á su turno permitió á Bradley explicar el fenómeno de la aberración astronómica, que es la prueba matemática del movimiento de traslación de la tierra; así, estas dos demostraciones pueden llamarse poderosos sustentáculos del sistema de Copérnico.

Quedaba, empero, por averiguar cual era la fuerza que retenía los planetas al rededor del sol.

(*Continuará*). R. VILLAVICENCIO.



GRAN FERROCARRIL DE VENEZUELA — VIADUCTO KILÓMETRO 44 + 200



GRAN FERROCARRIL DE VENEZUELA — VIADUCTO KILÓMETRO 44 + 200

UNA BARBARIDAD

Hay seres que tienen metida en la cabeza una idea fija; en el corazón, un amor ardiente y en el alma, una esperanza halagadora; esperanza, amor, idea que, si pudieran fundirse en un crisol, como metales, darían una amalgama *hiperpatriótica*.

Yo soy uno de esos hombres!

Yo he tenido siempre en la cabeza la idea del mando supremo, no con miras aviesas, que yo soy incapaz de hacer ahorcar al prójimo; he tenido siempre en el corazón, viva y muy viva, la llama del patriotismo, no con maligno intento, que mi amor á la Patria no es acomodaticio; y he tenido siempre en mi alma la dulce esperanza de la inmortalidad, no por medio de la tiranía, que yo odio la tiranía, y si yo fuera tirano, me odiaría á mí mismo, sino por medio de los bienes positivos y de la Justicia que haría á mis conciudadanos en mi carácter de Presidente de la República.

Caramba!

Y mire Ud., hombre! Al hablar en estos términos, ya me parece que me veo sentado en la cómoda silla presidencial.

Que sabroso debe de ser!

Lo digo con franqueza y no por alabarme. Creo que yo haría un Presidente á pedir de boca.

La presidencia ha sido siempre mi sueño dorado, y aunque sea una puerilidad, confieso que cuando me miro al espejo me pregunto á mí mismo ¿cómo pondría yo la cara, si fuera Presidente?

Mas ah! . . .

Este suspiro me sale del fondo de no sé donde.

Y la causa de este suspiro es la tristeza que siento al ver que me está vedado por la fatalidad hacer la dicha de mi Patria á la cual tengo que negarle mis servicios en la alta magistratura.

No vaya nadie á imaginarse que esto sea el resultado de que no sirvo para maldita la cosa. No Señor!

Yo sirvo hasta para Presidente.

Esa es la opinión de mis conciudadanos.

Verdad es que ellos no me han honrado nunca con el nombramiento de concejal ó de juez de paz ó de comisario de policía, ó de algo así por el estilo.

¿Por inútil? No diga Ud. eso!

Porque quieren aprovechar mis aptitudes en puestos más elevados!

Me han tenido de reserva, como si dijéramos, guardadito para mejor oportunidad.

Y yo he estado siempre dispuesto de buena voluntad á complacerlos; mejor dicho, anhelando el momento supremo de hacerles bien, por las buenas ó por las malas, desde la altura del puesto debido á mis merecimientos, á mis sacrificios por la gran causa de los pueblos.

Mas ah! . . .

Y aquí viene otro suspiro!

Ah! No puedo ya pensar en la felicidad de mis compatriotas que había de labrar con mis propias manos, porque sería absurda, inhumana, criminal, la aceptación de la alta magistratura con perjuicio de mi pellejo.

Sí, Señor, de mi pellejo.

Tener que renunciar á tanta gloria, y sobre todo á la satisfacción de hacer, á mi modo, la felicidad de Venezuela!

Ello es forzoso.

No me siento capaz de semejante sacrificio.

Vengan hombres de abnegación—eso es lo que abunda—á rendirle el tributo de su pellejo.

Yo quiero mucho el mío y no puedo resolverme á sacrificarlo en aras de la Patria.

La nueva condición que se va á imponer á los Presidentes es motivo poderoso para que se evapore en mi cabeza la acariciada idea, para que se apague en mi corazón el amor patrio y para que huya de mi alma la seductora esperanza.

El presidente ha de ocupar única y exclusivamente, en el ejercicio de sus funciones gubernativas, una silla especialísima, bella, muy bella en la forma, obra de capricho, con tallados artísticos y con incrustraciones de oro y de diamantes; pero forrada con el pellejo de la barriga del nuevo elegido de los pueblos.

¿Habrá barbaridad mayor?

Dios me salve el lugar!

Renuncio, pues, para siempre á mi dorado sueño.

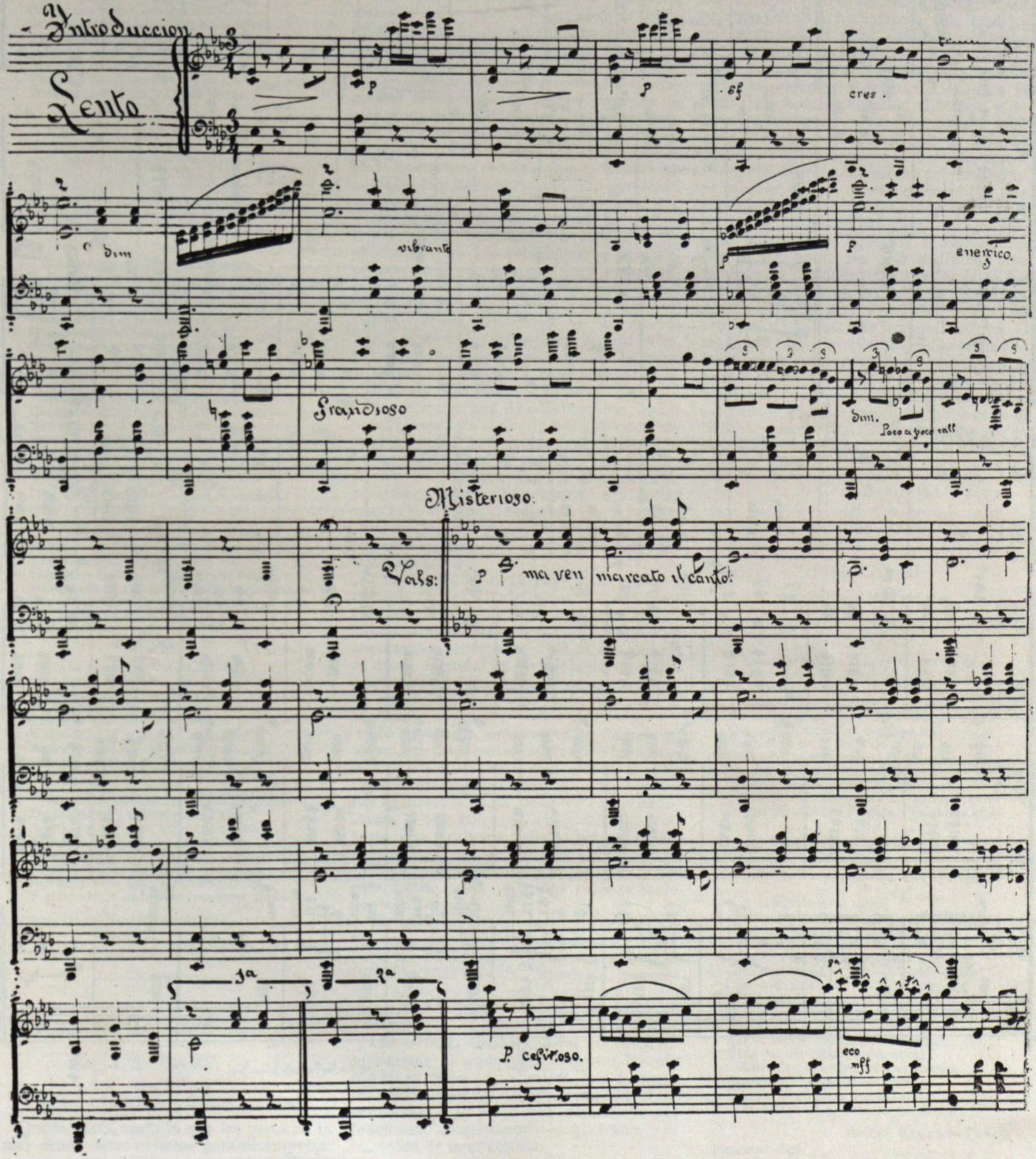
HERCULES

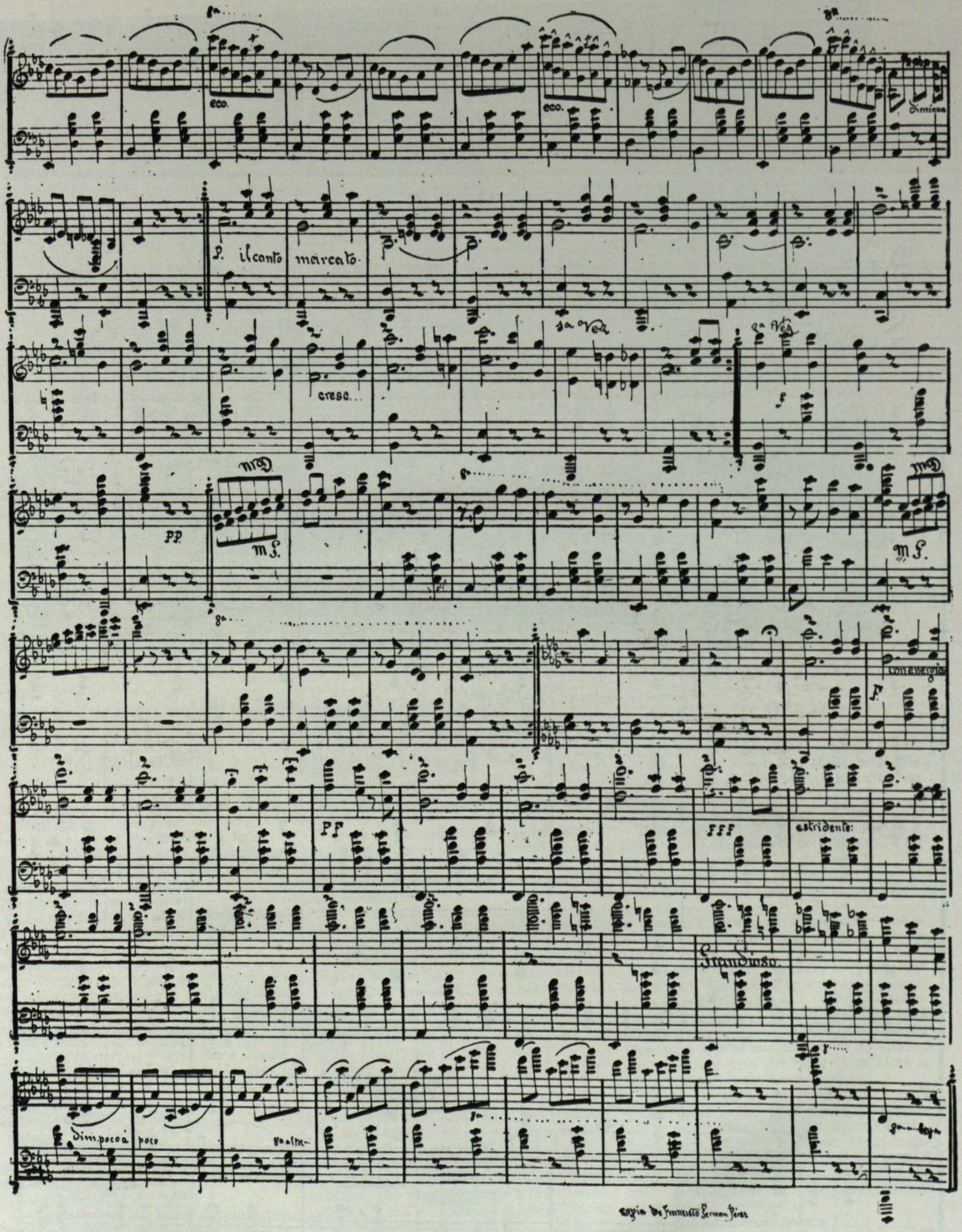
LEJOS DEL BAILE

POR

NARCISO L. SALICRUP

VALSE




eco.
eco.
diminua
P. il canto marcato
cresc.
2a Vez
2a Vez
pp
m.f.
m.f.
con energia
F
PF
FFF
estridente:
Grandioso.
dim. poco a poco
8a alta
8a baja
Copia de Francisco Germán Pérez

COMPOSICION POETICA

LEIDA

POR EL SR. DAVID VILLASMIL EN EL ACTO LITERARIO CONSAGRADO

POR LA ILUSTRE UNIVERSIDAD CENTRAL

Á LA MEMORIA

DEL DR. JOSÉ CECILIO ÁVILA EN SU CENTENARIO

I

¡Venid! oh genios que la ciencia adora
Y creáis, llenos de potente alarde,
Los coloridos lampos de la aurora,
Los pálidos matices de la tarde:
¡Venid, venid! y acreced ahora
El estro noble que en mi pecho arde,
Para cantar, con labio, reverente,
El nombre de un varón digno y sapiente.

II

De arreboles de luz, y de celajes
Ornad las bellas, misteriosas salas
Donde al genio se rinden homenajes:
Nuncios de amor al desplegar las alas,
Jaspead en los célicos parajes
Adornos mil y brilladoras galas:
Que un sabio, honra y prez de nuestra historia,
Penetra en el Olimpo de la gloria.

III

Aquel que fuera de virtud egida,
De ciencia timbre y de piedad estrella;
Que digno ejemplo diónos en su vida,
Trazando siempre del honor la huella;
Y enseñó que la gente prostituida
Su injuria eterna y desventura sella,
Sin que de Gloria en la gentil morada
Pueda asentarse el alma deshonrada.

IV

Por eso guarda la severa historia
Su limpio nombre con honor profundo,
Y el himno que hoy entona á su memoria
Germen será de estímulo fecundo:
Así se marca la brillante gloria
Y se detrae del oropel inmundo:
Pues sólo el sol admiración reclama,
No el pobre fuego de la fatua llama.

V

Astro que vive sólo en un instante
De noche aciaga para el sér humano:
Són que aparece dúlcido y vibrante
Y es sólo ruido vergonzoso y vano:
Ruin impostura, sueño delirante,
Cendal que rasga el tiempo soberano:
Así la triste, la farsante gloria
Que, en día terrible, signará la historia.

VI

Mirra cuyo perfume nos pregona
Fama que sube hasta el confín del Cielo:
Verde laurel en inmortal corona
Que no marchita el aquilón del suelo:
Himno sin plazos que el mañana entona
Por el que fuera de virtud modelo:
Así la gloria que merece fama
Y el tiempo aplaude y eterniza y ama:

VII

Así la gloria del varón preclaro
Que honra la patria y que la Iglesia admira:
Así la que proclama sin reparo
Este homeje que respeto inspira,
Lleno de luz, de lealtad avaro
Y donde sólo la verdad se aspira:
Así consagra sin violencia el hombre
Del que no existe el inmortal renombre.

VIII

Venid ¡oh genios! que lleváis la frente
De majestad y excelsitudes llena;
¡Venid los que con ánimo excelente
Triunfáis de la virtud en la faena;
También vosotros la patricia gente,
¡Venid, venid, que su loor resuena;
Al batir, en su lustre, verdes palmas,
Y al bendecir su nombre nuestras almas.

Caracas: 22 de Noviembre de 1886.

DR. DAVID VILLASMIL

EL TOCADOR

LA CARA

ABLUCIONES DE LA CARA

Queda, pues, sentado que los poros de la piel deben estar abiertos para desempeñar bien sus funciones y que los lavatorios son un excelente medio para desembarazarlos de las secreciones ó acumulaciones que puedan obstruirlos, taparlos.

Es, por consiguiente, contrario á las reglas de la higiene y de la coquetería, así como á las del aseo, el no lavarse nunca la cara, abstracción de la cual se acusa á la Patti.

Pero hay que observar también algunas precauciones al proceder á estos lavatorios.

Si sentimos mucho calor en la cara necesario será emplear el agua caliente. Es esta la manera de desalojar la sangre y de que cese la congestión de las partes comprendidas por el aflujo sanguíneo.

Cuando hace mucho calor ó cuando el rostro se halla encendido por el calor (artificial ó natural) es igualmente nocivo el lavarse con agua fría. En este caso se requieren lociones de agua tibia sin jabón. Luego debe la persona empolvarse ligeramente, sin secarse. Debemos secarnos la cara muy suavemente, con un paño muy fino. Una fricción violenta con un lienzo áspero, producirá el efecto de embastecer la piel. Bueno será recordar que la cara exige cuidado tan delicado como una porcelana preciosa, como un bello objeto de arte, etc.

No debemos jamás lavarnos la cara en mucha agua, introducir la cabeza en la aljofaina, v. gr. Las abluciones, en lo que al rostro concierne, no serán muy frecuentes, esto es, no se repetirán varias veces al día, ni con irregularidad.

Una belleza célebre no se ha servido nunca sino de su mano (bien lavada antes, por supuesto) para el lavatorio de la cara. Ella se seca con una franela muy suave. Hay quienes prefieran la esponja.

Cuentan que una de nuestras más lindas damas moja una toalla de tocador en agua, muy caliente, la exprime y se la pone sobre la cara, donde la conserva por espacio de una media hora. Esto lo hace antes de acostarse y se seca ligeramente para quitar con la humedad producida en la superficie de la piel, el polvo que en ella haya podido depositarse en el día. Esta mujer no tiene arrugas.

Una quincuagenaria, cuya piel está lisa como la de una niña, no ha empleado nunca, para lavarse la cara, sino agua en extremo caliente que prensa la piel y destruye las arrugas, según ella. Una de sus amigas se da en seguida un lavatorio de agua fría (baño ruso) y otra se lava con agua caliente por la noche, y con agua fría, por la mañana.

He aquí, pues, opiniones bien diferentes; todas estas aparentes contradicciones conservan sinembargo en buen estado la cutis de estas diversas personas. A dichas opiniones agrégase la de un médico: "en invierno, lavaos la cara con agua fría, en verano, con agua tibia ó caliente, para establecer la armonía con la temperatura exterior."

Todos mis parientes, que por cierto tienen bonito cutis y bonito color se lavan con agua fresca.

El agua en que no se disuelve el jabón es mala para las abluciones, sobre todo, para las de la cara. Si no tenemos agua llovediza ó de río á la disposición, es necesario al menos suavizar el agua por medio de *un poco* de borax ó de algunas gotas de amoniaco.

Las esencias alcohólicas que ponemos comunmente al agua para lavarnos la cara son en extremo perjudiciales. Las frecuentes aplicaciones de alcohol secan la piel, la endurecen é impiden que desempeñe sus funciones, alimentándose con el aire y la humedad de la atmósfera.

Por otra parte hay quien aconseje el no exponer el rostro al aire inmediatamente después de habérselo lavado. En una piel cuyos poros acaban de abrirse por el agua, el aire ejerce una acción á la cual es necesario sustraerla, so pena de que sufra excoriaciones. Debemos, pues, esperar una media hora antes de salir, de ponernos á una ventana, etc.

Es por esta razón por la que las mujeres que poco se preocupan con el cuido de sus casas, ó por lo menos que no son las que directamente se entienden con el interior de ellas, prefieren lavarse la cara en el momento de acostarse.

Quizá pueda convenir enjabonarse la cara. En este caso es necesario escoger bien el jabón (de ello hablaremos más tarde) y no recurrir á él muy amenudo y mucho menos cuando hace calor.

El jugo de limón limpia muy bien la piel y es preferible al jabón. El jugo de la fresa tiene la misma acción detersiva y es, por otra parte, muy conveniente á la piel.

La lluvia se encarga también de lavar la cara y lo hace mejor que un baño turco. Envuelta la persona en un sobretodo impermeable, con la cabeza cubierta con una capa del mismo género, puede afrontar el agua del cielo sin paraguas, exponiendo bien el rostro al aguacero y caminar así por media hora. No sólo la lluvia, sino también la humedad del aire mojarán los tejidos y los lavarán perfectamente, quitando además de la piel, arrugada por el calor artificial de la casa, las arruguillas que la sequedad forma en ella. El sueño tranquilo y suficiente y los paseos por la lluvia fueron según dicen, los únicos filtros de belleza empleados por Diana de Poitiers, quien salía todos los días, fuera bueno ó malo el tiempo, y la cual no usaba paraguas por la sencilla razón de que entonces no estaban estos de moda.

BARONESA STAFFE

POR ELLAS

MIS PASIONES

I

La sangre de su sangre, cuanto tengo,
Cuanto valgo en el mundo, debo á una;
Su orgullo, su valor, su nombre honrado
La segunda me dió desde la cuna:
La tercera pasión me está diciendo
Que la dulce cadena que nos ata
Es cadena de besos y de flores
Que ni la misma muerte la desata.
Yo diera por las tres toda mi vida,
Todo sueño de gloria ambicionada:
Yo tengo mi existencia compartida
En mi MADRE, mi PATRIA y mi ADORADA.

MI ADORADA

II

Mi adorada es la rubia
Que unos nerviosos "pétalos" me inspira:
Por ella surgen con sus ansias todas
Los versos más dolientes de mi lira.
Amar es renacer! Cabellos aureos,
Ojos sombreados "de esmeralda y oro"
Oh! seno tentador, oh! talle esbelto,
Oh! labios que yo imploro . . . . .
Sois la página inmensa de mis sueños,
Página que completa,
Esfuerzos de la vida de mis cantos,
Vida de mis esfuerzos de poeta!
Estrella que engendró mis ideales,
Aurora que alumbró mi poesía,
Ella nació como la luz, del cielo:
Dios estaba en el cielo en ese día! . . .

MIGUEL EDUARDO PARDO

Habana: 1892.

AH! . . .

Á PÉREZ BONALDE

Yo también como tú, bardo sombrío,
Oh! bardo de los trágicos ensueños,
Yo también, como tú, lo que sabía,
Hoy he tenido que aprender de nuevo;
Hoy sé lo que es dolor y lo que es odio,
Hoy sé lo que es infierno . . . . .
Hoy sé por qué hay suicidas, por qué hay locos,
Por qué se jura contra el mismo cielo:
Por qué el puñal blandió contra Desdémona
El infeliz Otelo! . . . . . .
Hoy del lecho salté, desesperado,
Y fuí, como tú, ansioso, hacia el espejo
Y me hallé con un hombre que tenía
El rostro de un espectro,
El rostro del cadáver de un anciano
"Con los cabellos negros" . . . . .

MIGUEL EDUARDO PARDO

La Habana: 1892.

SU CARA MITAD

NOVELA ESCRITA EN INGLES

por

F. BARRETT

traducida al castellano por

FRANCISCO SELLEN

Continuación

Esto libró mi espíritu de un grave peso, y Juana se mostró muy satisfecha cuando yo le referí la anterior conversación la próxima vez que la ví. Pero aún nos alegramos más cuando supimos que Felipe había impuesto una gruesa suma de dinero en nombre de Margarita. Esto se hizo á instancias de Motley. Al liquidar las cuentas semestrales de los negocios, le dijo á Felipe que había un saldo á su favor de unas diez y seis mil libras esterlinas, * y le aconsejó que las retirara y depositara en otro banco á nombre de su esposa. Eso es mejor que un seguro sobre la vida, Felipe, le dijo, y es lo que todo hombre debe hacer por sólidos y prósperos que parezcan sus negocios. Yo he hecho la misma cosa; de modo que, suceda lo que suceda, el porvenir de nuestras esposas queda asegurado de esa manera.

Felipe, que tenía la confianza más implícita en los conocimientos y experiencia de su socio, y que se dejaba guiar por él en semejantes materias, accedió al instante á su indicación. Retiró el dinero, y lo puso en cabeza de Margarita.

¡Ah! ¡qué excelente hombre! ¡qué buen corazón tiene ese Motley! decíamos todos en coro, y nos deshacíamos en elogios del robusto, rollizo y alegre Motley.

Margarita nos dijo que debíamos reunirnos todos en el aniversario de su casamiento. Sería una fiesta privada á la que, excepto Horacio Clinton y yo, sólo asistirían los miembros de la familia. Por lo tanto, todos fuimos á la morada de Margarita, y para complacer á Juana y para que estuviésemos á nuestras anchas y hablásemos con entera libertad, los sirvientes recibieron órdenes de dejarnos solos. Todo marchó á las mil maravillas, y todos estábamos alegres y contentos. En medio de nuestra alegría se presentó un sirviente que trajo un despacho telegráfico á Felipe.

—¡Esto es singular! dijo dando una ojeada al despacho que decía: "Venga usted cuanto antes para un negocio de la mayor importancia."

—¿Quién te envía el telegrama, Felipe? le preguntó Margarita.

—Motley: me lo envía desde el Banco. Yo supongo que se trata de algún valioso documento que requiere la firma de los dos socios. De todos modos tengo que ir.

—Por supuesto, amigo mío, dijo Margarita, que habría dicho lo mismo si su esposo hubiera expresado exactamente lo contrario: "no tienes necesidad de demorarte aquí más tiempo."

—Eso creo yo también, replico Felipe. Sólo un asunto extraordinario me haría salir hoy de casa.

Y dirigiéndose á uno de los criados le ordenó buscase un carruaje.

Permanecimos tranquilos durante un rato después de la partida de Felipe; pero pronto recobramos nuestra alegría cuando cesaron nuestras reflexiones acerca de la causa de su llamada. Cuando dejamos el comedor, Potter subió al salón de fumar; Horacio y Cecilia, que se habían reconciliado después de su última querella amorosa, se sentaron aparte en la sala de recibo; mientras Margarita, Juana y yo nos sentamos en un rincón dejando á los novios que se dieran sus muestras de afecto sin que experimentaran la sensación de que se estaban poniendo en ridículo.

El tiempo pasó con bastante rapidez, pues había muchas cosas bonitas que ver, y mucho sobre qué conversar. Margarita se sentía muy feliz, llena de animación y contento, porque precisamente aquella mañana ella y su esposo habían recibido una invitación del Vizconde Teddington para que fueran á pasar la temporada de caza á sus propiedades en Shropshire, y esto lo consideraba ella como otro paso hacia adelante en el círculo del verdadero gran mundo.

Cuando nos cansamos de ver albums, grabados, etc., nos sentamos en los cómodos y lujosos sofaes y nos pusimos á hablar del tiempo antiguo, y Margarita parecía como si entonces hubiese olvidado todo el lujo que la rodeaba, complaciéndose en evocar agradables reminiscencias de sus días de pobreza. Pero tomó un aire serio cuando Juana le preguntó si le agradaría retornar á su antigua vida.

—Yo no creo que podría vivir si fuese pobre, dijo. ¡Oh no! No podría avenirme á los trabajos y privaciones.

Confieso que me desagradaron esas frases; pero en aquel momento mis pensamientos cambiaron de dirección al oir abrirse y cerrarse la puerta de la calle.

—¡Ese es Felipe! gritó Margarita llena de alegría, levantándose del asiento.

Un criado entró con una tarjeta de visita en la que había escritas unas cuantas palabras con lápiz debajo del nombre.

—¡La señora de Motley! exclamó Margarita asombrada, y desea verme á mí especialmente. ¿Tienen ustedes algún inconveniente en que entre?

Como era de esperar dijimos que no, y la esposa de Motley entró en la sala, y después de una agraciada inclinación de cabeza, se adelantó con un paso corto pero rápido, moviendo de un lado ó otro su vestido que crugía al barrer la alfombra. Tenía los labios muy rojos, las cejas muy negras y el rostro en extremo descolorido. en suma, un rostro que siempre me pareció bastante perverso, aunque dotado de cierta especie de atractivo. ¡Cuán insignificante, remilgada, afectada y pequeña me parecía al lado de Margarita, de una estatura elevada, tan natural, tan franca y tan bella! Tal vez había hecho antes la misma observación, pero no era posible verlas juntas sin establecer de nuevo una comparación.

—¡Mi *querida* señora Harlowe! dijo, ¿ha visto usted á mi esposo?

—No, señora; está en el Banco. Mi esposo ha ido á verle allí.

—Yo sabía que Motley intentaba verle hoy; y por esa razón pensé encontrarle aquí. Para decir á usted la verdad, estoy llena de ansiedad acerca de mi esposo. El médico le envió á Brighton la semana pasada encargándole absoluto reposo. Anoche regresó, y hoy de mañana le ví por primera vez, y su aspecto me alarmó en extremo. ¿Podría usted decirme cuánto tiempo hace que salió el señor Harlowe?

—Una hora larga, dijo Margarita consultando el reloj. Pensaba regresar cuanto antes. Yo le espero de un momento á otro.

—Si usted no tiene inconveniente le esperaré hasta que vuelva. Estoy realmente asustada.

Pero á pesar de esta aserción, un instante después se deshizo en elogios á la vista de unos objetos de porcelana de Sévres y de otros artículos de fantasía y preciosidades artísticas de que estaba atestada la sala.

—¡Cómo la envidio á usted! exclamó. ¡Qué posición tan brillante la que usted ocupa! En todas partes se la oye mencionar: no hay periódico en que no haya unas cuantas líneas dedicadas á usted. Motivos tiene usted para estar orgullosa. ¡Oh! á propósito, he oído decir que en setiembre serán ustedes los huéspedes de Lord Teddington.

—Hemos recibido una invitación esta mañana.

—¿Y por supuesto que ustedes han aceptado?

—Sí.

—Es bien sabido que una invitación de Lady Teddington significa que dentro de poco será usted presentada á la Reina. ¿Hasta dónde llegarán sus triunfos?

Continuará

* Unos ochenta mil duros.

VARIA

La repartición comunista de la Tierra, según Spencer.—Admitiendo que desde un punto de vista puramente teórico, nada es más justo que la igual distribución de la tierra, como elemento natural perteneciente á toda la comunidad, Spencer aduce las siguientes objeciones contra la práctica en la doctrina comunista (*Justice*, Appendix B): (1ª) Es cierto que el origen de la propiedad territorial es el robo y la conquista; pero «estas iniquidades no fueron cometidas por los progenitores de ninguna de las clases sociales existentes, sino por los progenitores de *todos* los hombres actuales. Los remotos antepasados de los ingleses fueron ladrones que despojaron de la tierra á otros ladrones, los cuales trataron del mismo modo á los ladrones que les precedieron? ¿Quién, pues, tiene derecho á que se le restituya lo que se le ha robado, si todos han sido ladrones? Puesto que cada raza conquistadora tiene que satisfacer á la raza conquistada sería preciso buscar los primitivos conquistadores que, habiendo matado á todos los conquistados, no hubieran dejado quien reclamara su propiedad. (2ª) Generalmente se cree que los individuos que hoy poseen tierras son los descendientes de los conquistadores, y que los demás lo son de los conquistados; es decir: que aquellos son los ladrones y éstos las víctimas, lo que debería tenerse en cuenta para una nueva repartición. Pero esto es un error, pues muchos individuos de noble prosapia pertenecen á las clases pobres, mientras que muchos ricos propietarios son los descendientes de plebeyos y de esclavos. (3ª) Y, sin mencionar estos obstáculos, dice Mr. Spencer que hay un argumento poderosísimo en favor de los propietarios, y es que durante los tres últimos siglos Inglaterra ha promulgado leyes para la protección de los pobres, en virtud de las cuales éstos han recibido ya una cantidad de 734.000.000 de libras esterlinas; y que aunque demos por cierto—en lo cual hay sin duda exageración—que unos 500,000.000 han provenido de los productos de la propiedad territorial, á los que los desvalidos tienen derecho, queda un balance de 234,000.000 que los propietarios han cedido de sus otras ganancias. Esta obra de caridad, dice Mr. Spencer, no sólo salda la cuenta con el pobre, sino que deja un balance á favor del propietario. Porque si el pueblo tiene derecho á la tierra no así á las mejoras producidas por el trabajo; y la mera tierra (en Inglaterra), deducido el valor que el trabajo le ha agregado, no representa en oro 500.000,000 de libras esterlinas.

CHARADAS

Tres prima hay en muchas partes,
en el teatro *dos tres*,
y al *todo* de esta charada
en Turquía podrás ver.

—*¡ Tercia cuarta !*—dije á *todo*,
sofocado y consumido.—
¡ Me has borrado la *dos prima*
que á mi *dos cuatro* dedico !

No es propio de inocentes
ser *dos* y *prima* :
dos y *tercia* es un arma
de ciertas lidias :
el *todo* es fruta
que en todas estaciones
se encuentra y gusta.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

ACERTIJO: *Letra A.*—ANAGRAMA: *Sarasate.*—CHARADA: *Pera.*

FOTOCIENCIA, S.A. - CARACAS